

LA COMUNICACION

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

298 — Esclavo del imperio - *A. Thorkent.*

299 — Visitantes del futuro - *Adam Surray.*

300 — Islote en el Cosmos - *Glenn Parrish.*

301 — Objetivo: Destruir un mundo - *A Thorkent.*

302 — Harén de terrícolas - *Ralph Barby.*

MARCUS SIDEREO

LA COMUNICACIÓN

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 303
Publicación semanal
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 12.609 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPITULO PRIMERO

«En algunas zonas, la situación es ya insostenible. Los gases ahogan materialmente. Se han dado casos de asfixia, y el oxígeno envasado es ya insuficiente. Los rectores centrales de nuestro planeta deben tomar urgentes medidas o, de lo contrario, nuestro fin está próximo. Marchamos a pasos agigantados hacia nuestra autodestrucción.»

Era la crónica de media jornada, que todos los medios de difusión lanzaban a las ondas.

Un mensaje dramático que Polanski, el presentador e informador más esperado, había transmitido, sin ocultar un ápice de verdad de lo que estaba sucediendo.

Pero Polanski tenía algo más que decir, en aquella hora.

«Nos consta que los rectores centrales están reunidos, en sesión permanente, para encontrar una solución al problema. Entretanto, oigamos las ideas del joven científico, de reconocida solvencia Hassell.»

El rostro joven y preocupado de Hassell apareció en la pantalla. Su voz, bien modulada, fue escuchada por todos los contornos del planeta. Eran momentos en que cualquier solución iba a ser bien acogida.

—«Sé que lo que voy a decir será interpretado por algunos como una fantasía, porque exige el sacrificio de unos pocos, en bien de la comunidad general; pero no se me ocurre ninguna solución mejor, m creo que nuestros rectores centrales puedan encontrarla.

—Explíquese, Hassell —pidió el presentador Polanski.

—Es muy simple. Precisamos oxígeno. Las fábricas normales no dan abasto para alimentar nuestras viviendas herméticas, único lugar donde es posible respirar y sobrevivir. Pero nadie puede permanecer en su hogar. Precisan ir al trabajo, alimentar las fábricas que precisamente nos están produciendo los más altos grados de contaminación. Las fábricas de los sintéticos, base de nuestra vida. Sé lo que representaría para algunas de esas fábricas cesar su producción, pero, si no llegamos a esto, esa atmósfera invisible terminará con nosotros. Pero... ¡un momento! No se trata de dejar a los miles de empleados en la calle. No condeno a la ruina a los propietarios de esas grandes fábricas, que suministran lo que hoy gozamos en bienestar material. Desde nuestras casas hasta nuestros bólidos, desde nuestros muebles hasta los más insignificantes utensilios, salen de las fábricas de sintéticos. Se fabrica, se consume y se retira para recuperarse nuevamente... Sin embargo, podemos prescindir de muchas cosas, podemos autocontrolar nuestro consumo.

—¿Adonde quiere ir a parar, Hassell? —interrumpió el locutor.

—A convertir las actuales fábricas de sintéticos en verdaderas fuentes de oxígeno. Hermetizar las industrias antiguas para que la gente pueda trabajar sin temor a la asfixia. Empezando por ahí, eliminaremos poco a poco la contaminación. Será un proceso largo, pero al fin volveremos a tener limpia nuestra atmósfera.

—No sería una mala solución —adujo el locutor.

—Pero sí de difícil adopción. El oxígeno no produce los dividendos de los sintéticos.

—Pero los fabricantes tendrán que comprender…

—No, Polanski. Ya he planteado la cuestión a más de uno. No tengo por qué ocultar el nombre. Yo trabajo en la Klein Industrial. Me pagan para que investigue. El problema de la contaminación, en otros planetas, puede tener solución, pero en el nuestro, no. He expuesto mis teorías.

—¿Y qué respuesta ha obtenido? —preguntó Polanski.

—Para empezar, me gané una repulsa. Me dijeron que ésta no era misión mía. Yo .les dije que era misión de todos. Que el ambiente ya era insoportable, que galopábamos hacia el Apocalipsis.

—¿Y no le hicieron caso?

—Me despidieron. Al plantear claramente mi solución, me tomaron por loco. Ellos no quieren convertir su fábrica en fuente de oxígeno. Están dispuestos a eliminar la contaminación, sin poner nada de su parte...

—Pero, a la postre, también serán los perjudicados. Nadie se librará de las consecuencias —insistió Polanski.

—Ellos poseen lo que les hace falta. Tienen depósitos de oxígeno con que airear sus perfectas instalaciones de recreo. No necesitan salir al exterior para obtener .lo que tienen en casa. Sus refugios subterráneos son verdaderos emporios de placer. Sus hogares, perfectamente equipados, gozan de todo el oxígeno de que precisan. Aunque el planeta perezca, ellos seguirán vivos... Puede que sólo entonces se vean obligados a dejar de fabricar. Pero cuando emerjan entre la matanza, de la que serán los más directos responsables, gozarán de un planeta nuevo, libre de polución, y podrán seguir viviendo...

—Es sencillamente monstruoso. Retrata a esa gente como entes sin ninguna clase de amor hacia el prójimo.

Ni siquiera la menos consideración, Polanski. Es lamentable, pero así es, en verdad —significó el joven Hassell.

—¿No da siquiera, una esperanza?

—No, amigo mío. Y quiero que todos lo sepan. No hay esperanza. Podemos durar dos semanas. Sólo los más fuertes, quizá algunos sobrevivan algo más, pero el fin es inminente.

—Señores —concluyó el locutor—. Esta es la terrible verdad, que ni siquiera me atrevo a comentar. Nos ahogamos...»

CAPITULO II

El general Stumer, miembro número 2 del Gabinete de rectores centrales, había escuchado, igual que los demás presentes en la sala de reuniones, el programa que acababa de terminar.

—Muy subversivo —comentó—. Conseguirá que cunda el pánico. Y esto es lo peor que puede ocurrir.

—Lo malo es que no le falta razón —murmuró el miembro Número 12, cuya función en el gabinete era puramente científica.

Habló el 4, encargado del Orden Interno:

—Concretamente, ¿cuánto tiempo calcula usted?

—Siendo optimista, tres semanas. Puede que cuatro. Pero antes de dos, perecerá más gente, a menos que se encierren en sus casas.

—¡No pueden encerrarse! —intervino el 11, que tenía a su cargo la dirección de Industrias.

—Pues no espere que saldan, después del discursito que ha largado Hassell —habló nuevamente el general Stumer.

—Necesitamos ganar tiempo. Podemos hacer que Hassell rectifique —murmuró el 4 pensando en su departamento de orden.

—Esta clase de medidas no son las más aconsejables. —Era el 5, denominado la Voz del Planeta.

—Es un caso extremo. Y nos serviría para ganar tiempo —replicó nuevamente el 4.

—¿Y para qué tenemos tiempo, si carecemos de soluciones? —preguntó el científico, identificado como Número 12.

—Entonces, usted, ¿qué diablos está haciendo en esta mesa? —farfulló Stumer, encarándose al científico.

—Lo mismo que todos, Divagar. Hablar siempre de lo mismo, sin encontrar solución. Por lo menos, aquí no tenemos el problema. Respiramos. Tenemos buenas reservas de oxígeno. Seguiremos viviendo. ¿No es lo que todos deseamos?

—Se está pasando, Número 12 —terció el general.

—Usted me acusa de inactividad. ¡No hay solución! Lo dije, en su día. No la hay. En nuestro Planeta, no.

—Un poco de calma, por favor —intervino, por primera vez, para poner orden, el Número Uno. El Moderador General. Tenía un voto, como todos, pero su probada experiencia y su cordura le habían valido la elección como Número Uno, y siempre era escuchado.

Según el sistema, jamás había surgido en el planeta un caso donde no terminara por aprobarse o rechazarse por tal unanimidad. Se debatían las cosas, se atendían a las razones, y el Número Uno

terminaba siempre por convencer a todos, cuando las discrepancias parecían no tener solución de continuidad.

—Yo creo —siguió Numero Uno— que deberíamos llamar a Klein urgentemente.

—¿Para qué? —preguntó 11, de Industrias.

—Para que acepte la solución Hassell.

—¿Convertir la fábrica Klein en fuente de oxígeno? —preguntó 11, alarmado.

—Si es la única solución... Nuestro deber no es velar por unos cuantos, sino por todos. Es la vida del Planeta la que peligra, señores. Recapaciten.

—Me niego rotundamente a aceptar la propuesta —rugió el general—. Sería dar muestras de debilidad. De impotencia.

—¿Tiene una solución mejor, general?

—No es de mi incumbencia.

Habló el científico, suave, pero categóricamente:

—Toda la sección A, de mi departamento, ha estado trabajando en el asunto. Lleva años haciéndolo. Tenemos los mejores científicos, los mejores especialistas, y ninguno de ellos ha dado con la solución.

—Usted habló, en una ocasión, de cierto canal —recordó el Jefe de Industrias.

—Eso no es viable —replicó Número 12 rápidamente.

—¿Qué solución era ésa? Háblenos de ella. —Esta vez era el 4 quien requería información.

—Ya he dicho que no era viable. Fue un comentario que sostuvo con nuestro moderador. El lo comprendió perfectamente.

—En momentos como éste, creo que tenemos derecho a saber de qué se trata —terció el general—. En esta rectoría central, nunca ha habido secretos.

El moderador asintió con la cabeza:

—Hábleles, Heny. Aquí no se oculta nada.

Tras una pausa. Heny o Número 12, habló con cierta desgana, pero dispuesto a no ocultar nada en absoluto

—Para librarnos de los gases, la única solución era poder extraerlos. Se hicieron algunos estudios, pero se llegó a la conclusión de que la configuración de nuestro habitáculo no tiene ninguna fisura, y voy a emplear un lenguaje llano y vulgar para que me entiendan.

—Siga, siga —instó Número 4.

—Como he dicho, nuestro sistema no tiene fisuras, por dónde colar ese gas. Necesitábamos, ante todo, un cuerpo que pudiese absorberlo, y nos dedicamos a investigar sobre los asteroides más próximos, pequeños planetas que pudieran servirnos. En ninguno de ellos obtuvimos ese poder absorbente necesario. Algunas de nuestras naves se mantuvieron en órbita, en busca de datos... De esta forma, un

día conseguimos descubrir un pequeño planeta, llamado Skoran. Queda prácticamente oculto por una nebulosa constante. Su color azulado contribuye a hacerlo prácticamente invisible.

—¿Skoran? —inquirió el responsable de la hacienda pública, que rara vez hablaba, si no se trataba de asuntos de intereses—. Nunca había oído este nombre.

—Pues lo tenemos bastante próximo, aunque, con nuestras naves, difícilmente podríamos llegar hasta allí.

—Nuestras naves cuestan una fortuna al Consejo —recordó el de Hacienda, porque esta vez ya entraba el asunto en su terreno.

—No lo dudo. Pero son insuficientes.

—Bueno, sigamos con lo de la solución —dijo el general Stumer, impaciente—. Y ahórrese los detalles, si puede ser. Vayamos a lo que nos interesa. ¿Es Skoran nuestro planeta?

—Skoran no es nuestro planeta... Está habitado. Eso nos consta. Ignoramos todo de la gente que lo puebla. Pero son seres vivos. Quizá como nosotros. Tienen una atmósfera parecida y una forma cíe vida muy pareja a la nuestra.

Hizo una pequeña pausa, y prosiguió:

—Skoran reunía las condiciones para absorber nuestros gases. Había que fabricar el material necesario para proceder a la absorción. Hicimos unas cuantas pruebas en el laboratorio, con resultados positivos. El experimento, no demasiado costoso, podría llevarse a cabo, en un plazo de tiempo relativamente escaso...

—¿Y por qué no se hizo? —preguntó Stumer.

—Porque, de realizar el proyecto, condenaríamos a los habitantes de Skoran.

Tras una larga pausa, Número 4 insinuó:

—Tal vez sea una suposición errónea...

—No hay error, señores. Estamos seguros. Skoran es un planeta algo más pequeño que el nuestro. Tiene más limitaciones. El impactó de los gases que nosotros le mandaríamos equivaldría al asesinato en masa de todos sus habitantes... Ahora ya saben por qué el proyecto no es viable.

CAPITULO III

Klein, el más poderoso de los industriales de sintéticos del planeta, no se avino a razones.

—Nos conocemos desde toda la vida, Mali —le dijo al Moderador General. Esta vez la entrevista era privada, en uno de los salones del subterráneo, propiedad del magnate, que prosiguió—: ¿Cómo puedes hacer el juego a ese loco de Hassell?

—Ese loco tiene razón, Klein. No. No está loco. Paralizando la industria, los gases irán eliminándose.

—Tardaríamos años en limpiar la atmósfera.

—No demasiados. En cualquier caso, es mejor perder unos cuantos que dejar morir a la gente.

—No se va a morir nadie.

—Ni tú ni yo, no. Pero los demás, sí. Se acabará el suministro de oxígeno, por falta de mano de obra. La gente se irá muriendo, Klein… Me pregunto cómo hemos podido llegar a esta situación.

—No hemos llegado a nada. El ambiente está un poco enrarecido, pero no es el fin, ni mucho menos. A los científicos les gusta exagerar. Sobre todo, ese Hassell.

—Supón que el Consejo admite el cese industrial, como única posibilidad de supervivencia.

—El Consejo no puede votar semejante barbaridad. Sería la paralización del planeta.

—Fabricaríais oxígeno.

—Esto no da dividendos, Mali.

—Da vida.

—Yo no aceptaré.

—Las decisiones del Consejo nunca han sido discutidas. Recuérdalo.

—Si el Consejo se contagia del pánico colectivo, demostrará carecer de méritos, y no podremos aceptarlo como rector de nuestros destinos.

—Es curioso, Mali. La primera vez que se trata del bien común, a causa de un sacrificio, dejas tus principios de obediencia, y te muestras rebelde.

—Me muestro sensato. En principio, ya no se debería tolerar que Hassell andara suelto. Revolucionará a la gente. Les propiciará contra nosotros. Deberíais hacerle rectificar.

—Hablas como el general Stumer. ¿Por qué no respetáis la libertad ajena? Al fin y al cabo, aunque se hubiese equivocado, no ha hecho otra cosa que expresar su opinión.

—Lo que ha dicho es falso.

—Está bien, si lo fuere, puede salir otro a rebatirlo. Otro científico, con pruebas para desmentir lo que ha dicho Hassell. ¿Puedes hacerlo tú, Klein?

—No es mi misión. Bastante hago con contribuir, más que nadie, al mantenimiento del Consejo. Pero te lo advierto, Mali, por el cese no pasaré. Ni yo, ni mis colegas. Y ten presente que somos los más fuertes.

Mali salió, decepcionado, del confortable subterráneo a prueba de toda clase de gases.

Abatido por las circunstancias, impotente ante una solución acuciante, que se había ido demorando en demasía, llegó hasta a sentirse culpable de aquella situación.

—Debí de haber actuado con más energía —decía, poco después, a su hija Roxa.

—Tú nunca has querido imponer tu opinión. Según la Constitución, los acuerdos deben ser totalmente libres —dijo ella, dándole un suave masaje por detrás de la cabeza.

—Pero yo era uno de los doce responsables. Y lo veía. Lo veía, como todos...

—Los científicos trabajaban en ello. ¿No es cierto? Hacíais cuanto podíais...

—Hacer lo que se puede, no es suficiente, hija... Pero ya es tarde para lamentarse. Creo que todo ha ido demasiado de prisa.

—Descansa —le pidió ella, tratando de relajarle.

—¿Crees que podré?

—Tienes que intentarlo.

—Debe haber una solución... No puedo permitir que la gente se asfixie por la calle.

—Tenéis poderes para obligar el cierre de las fábricas.

—Nunca aceptarían. Habría que emplear la fuerza. Una guerra entre hermanos. Débiles contra poderosos.

—Pero los débiles se unirían. Y tendrían vuestro apoyo.

—No disponemos de un ejército, como los antiguos. Nuestros agentes armados, lo son para defendernos de cualquier ataque exterior. Las luchas entre hermanos de raza es algo que ya fue superado en épocas pasadas, y nunca fue buena solución para nadie.

—¿Y si fuera absolutamente necesario?

—Ojalá no tuviéramos que llegar a ello, Roxa...

* * *

Pero el magnate Klein no estaba dispuesto a vivir pendiente de una eventualidad. Y al igual que conocía a Klein, era buen amigo del general Stumer.

Stumer, que ostentaba la representación del Ejército exterior, hombre autoritario y partidario de las soluciones drásticas, tras escuchar al magnate, aseguró:

—Puedes estar tranquilo, Klein, que jamás votaré por el cierre de las fábricas. Tienes razón. El consejo no puede dar muestras de debilidad. Además... He estado hablando con otros compañeros, y meditando sobre la solución de la extracción de gases...

—¿Qué es esto?

Stumer explicó brevemente el proyecto descubierto por los científicos, y rechazado por las consecuencias que sufriría el planeta vecino.

Klein, tras escuchar, se encogió de hombros, como si no comprendiera los motivos del rechazo.

—¿Y que nos importa a nosotros Skoran? ¿Tenemos, acaso, parientes o amigos allí?

—Es lo mismo que yo he expuesto...

—Se necesita ser estúpido para rechazar una solución de este calibre. ¿Acaso los de Skoran lo pensarían dos veces, si estuvieran en nuestro caso?

—Seguro que no.

—La cosa es bien sencilla. Se trata de ellos o de nosotros.

CAPITULO IV

Klein, personalmente, pidió plaza para hablar públicamente al habitáculo, desde los estudios que dirigía Polanski.

—Voy a rebatir categóricamente las pesimistas declaraciones de un científico que no merece llevar este nombre, y al que, por sus inexactitudes, tuve que despedir de mi fábrica. Por algo saben todos que los productos Klein son los mejores del mercado...

Una sonrisa, una pausa llena de énfasis, y prosiguió:

—A todos vosotros, hermanos del planeta. A todos los que las palabras de ese idiota de Hassell hayan podido sorprender. Voy a tranquilizaros. Nadie se va a asfixiar. Nadie se va a asfixiar porque, aunque la situación fuera grave —que no lo es—, tenemos medios para eliminar los gases nocivos. Unos medios que se van a poner en práctica inmediatamente. Y que yo, desde mis fábricas, contribuiré a acelerarlos para que, de una vez, nuestra atmósfera quede limpia y exenta de peligros.

Aquí intervino Polanski. Se había propuesto no inmiscuirse en absoluto, pese a que no simpatizaba con la gente como Klein que, además, había insultado y menospreciado a su amigo Hassell, pero, de acuerdo con sus propias normas, jamás interrumpía, mientras no fuese su turno. Pero ahora había una pregunta importante que hacer.

—Hablemos de esa solución, Klein.

—Podría decir que es un secreto, pero nuestro Centro Rector lo conoce perfectamente. La extracción se hará expulsando los gases muy lejos de nuestro planeta. Quedarán totalmente absorbidos...

* * *

—¡No! —gritó Heni, el jefe del Departamento Científico, y miembro número doce del Consejo Rector Central.

Acababa de escuchar la noticia que se había dado con carácter de urgencia, y con los tres toques de atención, previos a toda información de interés general. Sistema que permitía poder mantener cerrada la pantalla, sin temor a perderse ninguna noticia importante.

Heni, como todo el mundo, acababa de escuchar las palabras de Klein, y por eso pegó un salto en la soledad de su laboratorio, al advertir lo que había querido insinuar el magnate...

—Alguien, en el Consejo, ha hablado demasiado —dijo, mientras se disponía a salir para hablar con el Moderador.

Su bólido lo llevó, a toda prisa, hasta la morada particular de Mali.

Este, igualmente, acababa de escuchar la noticia y, al ver a Heni, comprendió el motivo de su presencia.

—Yo jamás he autorizado semejante cosa —explicó.

—¡Stumer! Sólo puede haber sido Stumer. Tenemos que pararle los pies, antes de que sea demasiado tarde.

—Temo que las cosas hayan ido demasiado lejos —adujo el Moderador General.

—Pero usted no va a consentir... ¡Convoque reunión del Consejo!

—Desde luego...

—¡Papá! Estás demasiado agotado... —adujo Roxa.

—Es necesario, hija... No puedo tolerar que nuestro planeta se convierta en un habitáculo de asesinos. Eso sí que no...

* * *

—Lo hemos decidido, Mali —dijo Stumer, ya con el Consejo reunido—. Klein colaborará. Sólo necesitamos los planos para construir los aparatos. Heni dijo que se pueden fabricar, sin invertir demasiado tiempo...

—Jamás daré esos planos —aseguró.

—Usted no puede negarse —habló el responsable del orden—. Sería como si traicionase al planeta.

—Ya di mi solución al problema.

—Esa solución no fue aceptada. Los gases deben ser expulsados inmediatamente, sin necesidad de paralizar nuestra vida normal.

—Yo tengo el mismo derecho que ustedes a opinar en el Consejo. Y no estoy conforme. No daré esos planos.

—Señores, razonemos —pidió Mali.

—Sabemos lo que vas a decirnos, Mali. No. Esta vez no estamos contigo —adujo Stumer.

—Pero podemos hablar sensatamente. No tenemos por qué perder la calma. —Ahora era el de Hacienda.

Dos de los consejeros sin otra misión que la de observadores, con voz y voto, fueron de la misma opinión. Un tercero optó por la solución rápida.

—Opino que el General tiene razón al decir que, si en el planeta Skoran necesitaran nuestras vidas para subsistir, no vacilarían en atacarnos.

—Eso es algo que no sabemos —atajó Mali—. Pero aunque fuera así, no podemos ponernos a la altura de cualquier asesino. Aunque insisto en que no conocemos a esa gente.

—Razón por demás para no andarnos con miramientos —intervino el responsable del Orden interno.

Las miradas se volvieron hacia el Científico. Para i exigirle la entrega de los planos.

Heni no estaba.

—¡Se ha ido! —exclamó el General— Esto es una deserción.

—No será difícil encontrarle. Todos sabemos dónde vive —murmuró uno de los consejeros.

—¡Destruirá los planos antes de entregarlos! —exclamó el Número 4, responsable del Orden.

—Tiene razón. Vamos inmediatamente en su busca.

Ya nadie atendía a razones. Stumer, principal instigador de llevar adelante el plan, dejó el Consejo, seguido del Jefe del departamento de Orden. Su objetivo era impedir que Heni pudiera destruir los planos. Estaban seguros de que lo haría.

* * *

Polanski y Hassell seguían en la emisora.

—¿Estás seguro? —preguntaba el locutor a su amigo.

—Completamente. Conozco a uno de los ayudantes de Heni... Me dijo, repetidas veces, que estaban trabajando en esto... Me habló de la absorción, y ambos estábamos de acuerdo en que era necesario encontrar un cuerpo que atrajera los gases... Luego, supe que habían dado con un planeta, pero rechazaron el plan por el peligro que representaba para ese habitáculo… No puedo imaginar que al final hayan optado por una solución tan canallesca.

—Klein parecía muy seguro.

—Iré a ver a mi amigo... ¿Por qué no vamos juntos? —Voy a quedarme en el Estudio. Esta puede ser una noche movida, y quizá sea necesario lanzar alguna noticia. Infórmame si consigues algo importante. —Descuida.

CAPITULO V

El amigo a quien Hassell quería hablar era Galher, y, en esos momentos, se hallaba con una visita. Heni.

—En este instante es difícil saber en quién se puede confiar, Galher... Tú siempre has sido un excelente colaborador. Eres joven, y tienes un brillante porvenir, pero debes pensar, siempre, que la ciencia jamás debe servir de vehículo para destruir... Toma. Guarda esto.

Le entregó un pequeño sobre.

—¿Qué es?

—Unos esquemas, y las aleaciones exactas para construir la máquina extractora...

—Son los planos de... —empezó Galher, comprendiendo.

—No hables de esto a nadie. Hazme ese favor.

—Descuide, Heni.

—Aunque todas las secciones trabajaron en esto, nadie tiene los datos completos, y, sin ellos, les será imposible llevar a cabo ese plan criminal.

—Yo también estoy con usted, Heni. Cuando oí la noticia, me extrañó bastante que usted hubiera consentido

—Jamás lo haría. Antes preferiría que me mataran. Mi vida no puede valer tanto como la de todos esos seres.

Heni estaba realmente abatido.

—La locura les ha poseído a todos, y la ambición. No quieren cerrar. Condenan a la gente a la asfixia...

—Está cansado, Heni. Le acompañaré a su casa.

—Guarda bien esto.

—No se preocupe. Yo vivo solo. Nadie viene por aquí. Soy un ser insignificante.

No obstante, guardó el sobre entre sus apuntes, en un cajón de su mesa de laboratorio particular, y luego acompañó a su Jefe y Profesor.

—Iré a la Sección A. Seguramente, me estarán buscando. Pues bien, que me encuentren cuanto antes.

Cuando hacía escasos momentos que los dos científicos habían dejado el hogar de Galher, llegó Hassell; al no encontrar a su amigo, pensó que le hallaría en el laboratorio Central, y hacia allí se dirigió.

«Se pasa el tiempo allí. Es lógico. Con los medios que ellos poseen, da gusto investigar...», pensaba Hassell, mientras se dirigía al Laboratorio.

Galher y Heni llegaron antes. El hombre del Consejo dijo:

—Es mejor que regreses. No es conveniente que nos vean juntos. Podrían pensar que te he dado esos documentos.

Galher comprendió, y se separó de Heni, sin entrar en el Laboratorio.

Heni se dirigió hacia su departamento. En aquellos momentos, toda la nave estaba vacía, y sus pasos resonaban, amortiguados, sobre el material blando del piso.

Los ojos mágicos de alerta controlaban sus movimientos. Al llegar a la sección privada, introdujo su ficha de seguridad en la ranura correspondiente para que, en adelante, al pisar zona reservada, no se disparara la alarma.

Cruzó una puerta, dos, la tercera. Las hojas se corrían sólo con accionar el pequeño control personal que llevaba en la mano.

Llegó, por fin, a su despacho y laboratorio privado y, tras cruzar la puerta, tuvo la sensación de no hallarse solo, pero ya era tarde para remediarlo. Se vio aprisionado por dos pares de brazos fuertes. Le inmovilizaron, mientras un tercer individuo, fornido, se plantaba ante el, portando una máscara metálica en el rostro, que impedía identificarle.

—¿Qué es lo que buscan aquí? —preguntó Heni—. ¿Cómo han podido entrar?

—Los planos —fue la única respuesta que obtuvo de hombre que tenía ante sí.

Observó que le encañonaba con una de sus armas peculiares. Una pequeña pistola convencional, de corto alcance. Suficiente para que el destructor de células, tan escasa distancia, penetrara en su cuerpo, matándolo a los pocos momentos.

Miró al individuo. La máscara protectora era un< como tantas otras de las que se utilizaban para trabajo: peligrosos. Material ligero, de alto poder destructor. Resistente al fuego, a los impactos y a las pistolas destructoras de células.

—No pensé que llegarais a tanto... —murmuró Heni—. Pero perdéis el tiempo; podéis matarme, si queréis pero no os daré los datos que tanto os interesan.

—Los planos de la máquina —insistió el hombre.

Su timbre de voz sonaba metalizado, lejano; sin duda, por el impedimento que llevaba en el rostro, o quizá por que le interesaba fingir la voz. Eso era lo más seguro, pensó Heni. Los detectores estacan captando el menor sonido. Cuando fuera necesario, lo reproducirían, y se podría identificar el menor ruido, y, por supuesto, una voz.

—Vamos, dispara. No tengo miedo. Prefiero no vivir los tiempos que se avecinan.

Se produjo un silencio. Los que sujetaban a Heni se apartaron, y el otro seguía con el arma en la mano.

De pronto, sonó una sirena. Alguien acababa de pisar zona privada. Alguien que no era del Laboratorio. Los sujetos que pretendían los planos, se pusieron nerviosos.

¡Los planos! —insistió el del arma.

—¡No!

La sirena seguía sonando.

Uno de los individuos dijo algo, que el profesor no acertó a comprender. Indudablemente, pretendían huir. Entonces Heni intentó precipitarse hacia la palanca que conectaba la alarma general y bloqueaba todas las salidas.

Antes de que pudiera lograr su objetivo, el de la pistola accionó el gatillo.

Heni experimentó en su propio cuerpo el destructor de células. Un dolor intenso le aturdió. Era la muerte.

Los tres enmascarados huyeron del despacho, buscando la salida.

En uno de los corredores, contrariado por la sirena que delataba su presencia, se encontraba Hassell.

El había sido quien, sin proponérselo había hecho

Los guardianes corrían ya, en busca del intruso. Corrían, también, los asesinos de Heni.

La presencia de tres hombres hizo que Hassell se pegara junto al único hueco del corredor por el que transitaba.

—En buen lío me he metido... Ahora pensarán que he entrado aquí, quién sabe para qué.

Le molestaba la idea de sentirse descubierto como un ladrón cuando, en realidad, lo único que pretendía era ver a su amigo Galher.

Los tres hombres que se cubrían con las máscaras, cruzaron delante de él, sin verle.

Hassell, de momento, no pensó nada en concreto, pero aquellos tipos no le parecían guardianes.

No. En efecto. No lo eran. Lo supo cuando los auténticos le descubrieron.

—No se alarmen, no se alarmen... Buscaba a un amigo. Sé que suele trabajar hasta muy tarde —dijo, esbozando una sonrisa.

Evidentemente, no le creyeron.

CAPITULO VI

El descubrimiento del cadáver de Heni vino a complicar las cosas para Hassell.

Trató de repetir, una vez más, la causa por la cual se encontraba allí, pero nadie quería creerle.

El responsable del Orden Interior le interrogó personalmente:

—Ya le oí por la radio, Hassell. Usted tiene una idea concreta de este asunto, y se niega a admitir que puedan existir otros procedimientos para librarnos de los gases... ¿Qué vino a buscar a este laboratorio? ¡Confiese! Vino a robar los planos que Heni guardaba.

Pero fue descubierto por el profesor, y le mató... Diga. ¿Qué ha hecho de esos planos?

—Pero si ya le he dicho que yo no... ¿Qué tengo que hacer para que me crean?

—Esto lo pagará caro, Hassell. Necesitamos estos planos para salvar al planeta, y usted lo sabe. Y ahora, todos sabrán que, por su culpa, se va a demorar la construcción de lo que salvaría el Planeta.

—Yo no tengo nada. Soy contrario a la idea que piensan poner en práctica, pero no he matado a nadie. No vine a robar esos planos... Pero si los han robado, me alegro... Así no podrán asesinar impunemente a unos seres inocentes y confiados, que no nos han hecho ningún daño.

* * *

Algo más tarde, la noticia del robo de los planos y de la muerte de Heni era transmitida, con carácter de urgencia. Para los que estaban durmiendo, un dispositivo de retención conservaba la noticia, y avisaba de su importancia, tan pronto como el durmiente despertara. Todo el mundo conocía el hecho, o iba a conocerlo a la mañana siguiente. El nombre de Hassell era constantemente pronunciado, pero la versión oficial que se había facilitado no convencía a Polanski.

—Hassell no es capaz de una cosa así. Puede discrepar, pero nunca llegaría al robo y, menos, al asesinato...

Quiso ponerse en contacto con él, pero le informaron que estaba incomunicado.

Galher fue llamado, y corroboró que, efectivamente, conocía a Hassell, y eran amigos.

—Algunas veces ha venido a verme al laboratorio. No hay ninguna prohibición al respecto, mientras se respeten las normas...

—Pero su amigo no las respetó. Pisó zona privada. Sonó la alarma —le dijeron los guardianes.

—Me equivoqué de corredor.

—No es posible. Las puertas están controladas. Tuvo que forzar alguna de ellas.

—¿Por qué no las revisan? Yo no forcé nada. La puerta estaba abierta.

Decía la verdad y, para demostrarlo, pidió que le dejaran reconstruir su pasos. Lo cual le concedieron.

Hassell, en presencia de los guardianes y del propio Jefe de Orden Interior, comenzó a andar desde la puerta, explicando, desde el momento exacto en que había llegado, lo que hizo hasta que aparecieron los guardianes.

En un punto del corredor, señaló una pequeña sala distribuidora, e indicó con el dedo.

—Esa puerta...

—No puede ser. Está siempre cerrada.

—¡Pues yo digo que estaba abierta...! ¡Un momento! —Pensó en los tres tipos de la máscara protectora, y habló de ellos—: Les vi correr. Al principio, creí que eran los guardianes. Creo que uno de ellos llevaba una pistola convencional...

Hubo un silencio. Sopesaban las palabras de Hassell, pero, evidentemente, no lo creían. Uno de los guardianes puntualizó:

—Si alguien, ajeno a la sección, hubiese pasado por esa puerta, la alarma habría sonado como sonó cuando lo hizo usted...

Y el responsable del Orden Interior abundó:

—Como ve, su historia de esos hombres resulta demasiado fantástica.

—Yo los vi y esto no me lo podrá negar nadie.

Pero todavía quedaban comprobaciones por hacer. Los detectores de sonidos.

Efectivamente, se llegó a la conclusión de que alguien había estado con Heni, exigiéndole los planos.

La voz metálica del hombre de la máscara protectora quedó reproducida en el aparato correspondiente.

La escena fue reproducida íntegramente, en cuanto a sonido. Lo que falló fue la imagen.

Como testigos, además del Responsable del Orden, se hallaban el General y un par de consejeros.

—El que estropeó la imagen tiene que ser un técnico —dijo uno de los consejeros.

—Esto, evidentemente —corroboró el general—. Y en cuanto a la voz, es fácil disimularla.

Llegó el momento en que sonó la alarma, y la voz que, en idioma extraño, dijo algo.

—Puede ser una clave —dijo el General.

—Pero tendría que hablar con alguien —adujo el del Orden.

—Una exclamación cualquiera, en un momento de nervios...

—No, no, Stumer. Aquí sucede algo extraño. ¿Por qué no sonó antes la sirena? Si Hassell estaba dentro, tenía que haber sonado antes.

—Habrá que investigar esto —comentó uno de los consejeros.

—Puede que Hassell haya dicho la verdad. Pero entonces... ¿Quiénes eran esos hombres a los que se refirió...? ¿Y por qué mataron a Heni?

—Una cosa está clara —repuso pensativamente Número 4—. Venían por esos planos. Tendré que hablar nuevamente con Hassell.

—¡Espere! —Stumer tenía otras ideas. Otros planes—. No

pongamos más confusión... Para todo el mundo, Hassell seguirá siendo el culpable... Deje que se vaya... Necesitamos un culpable. ¿No? Que todos crean que ha sido él. Es lo que más nos conviene.

Número 4, Responsable del Orden, no estaba muy de acuerdo, pero aquélla era una situación excepcional, y asintió.

—De lo hablado aquí, ni una palabra a nadie —recomendó Stumer

CAPITULO VII

—Me han dejado libre, pero sigo estando a su disposición. No han querido creerme —se lamentaba Hassell ante Galher—. Pero estoy seguro de que los planos los han robado ellos mismos.

Galher no quería descubrir el secreto que le confió su ahora ya difunto jefe, pero deseaba tranquilizar a su amigo, y replicó:

—Una cosa sí puedo decirte, Hassell; y es que yo creo plenamente en tu inocencia.

—Tú y Polanski. Estoy seguro de que él tampoco puede pensar que sea cierta esta acusación que me hacen. Sois los únicos amigos que me quedan...

—Heni no quería llevar adelante ese proyecto. Y estaba seguro de que intentarían algo contra él.

—¿Hablaste con él?

Galher asintió.

—¿Y dices que él sospechaba...?

—Era sólo un presentimiento. No sospechaba de nadie en particular.

—Es lo que yo digo. Son ellos mismos. Son capaces de todo, con tal de conseguir esos planos...

—Ahora, no pienses en esto. Ya verás como no consiguen nada. Los de Skoran pueden estar bien tranquilos.

Cuando Hassell regresó a su casa, se encontró con un recado urgente.

El reproductor de órdenes le informó:

«Llamada urgente de la casa particular del Moderador del Consejo, Mali. Llamada urgente. Asunto grave y privado.»

¡Nada menos que el Moderador principal!

—No van a dejarme en paz —gruñó Hassell, dispuesto a ponerse en camino.

Sin embargo, allí le esperaba una sorpresa, porque Mali no le había llamado para acusarle. De momento, le trató como si estuviera plenamente convencido de 'su no participación en los hechos que se le imputaban. La conversación tuvo lugar en presencia de Roxa, y el joven científico ratificó la versión de lo ocurrido.

—En realidad, no le he llamado para interrogarle sobre esos hechos, Hassell. Yo era partidario de su idea de paralizar las fábricas, todo el tiempo que fuese preciso. Pero el Consejo no lo dirijo yo solamente. Tampoco le digo esto para justificarme ante usted. No. Presiento que la violencia continuará. Lo ocurrido con el profesor Heni ha sido sólo el principio. Hay muchos intereses en juego...

Hizo una pausa y prosiguió:

—Tengo muy buenas referencias de usted, Hassell He gustan las cuestiones científicas y, por ello, sigo de cerca las investigaciones. Sé que muchos de sus trabajos han coincidido casi siempre con los de Heni, lo cual dice mucho en su favor.

—Muchas gracias señor. Pero yo tengo mucho que aprender todavía.

—Tu modestia es otra cualidad que te adorna, Hassell... En fin, necesito a un hombre como tú. Si las cosas empeoran, quiero alejar a Roxa de aquí... Es un deseo lícito.

—Nada de eso, papá —fue a protestar ella.

—Ya está decidido, Roxa...

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó el joven científico.'

—Tendrá una nave y un piloto a su disposición. Pueden permanecer en el espacio un considerable período de tiempo. Todos los vehículos espaciales están equipados para permanecer largo tiempo volando. Hay provisiones suficientes y todo lo que hace falta, pero pueden surgir fallos. Desgraciadamente, nos falta perfección en muchas cosas, una perfección que posiblemente no logremos jamás, pero un buen científico puede encontrar rápidamente los fallos cuando se producen, y arreglar lo que se estropea. Y usted es un buen científico, Hassell, y presiento que también está solo.

—Demasiado acompañado, por supuesto, no lo estoy.

—Entonces, ¿puedo confiar en usted?

—Por supuesto, señor. Es un alto honor el que me hace, otorgándome su confianza.

—No nos conocemos físicamente, pero yo no necesito ver la cara de un hombre para saber cómo es. Me importan sus obras. En su ficha están todas. Recuerdo un cierto vuelo experimental. Surgieron problemas en la nave, y usted los solucionó.

—¡Oh, sí señor! —sonrió Hassell, recordando el episodio del que le hablaba Mali—, Me costó algún trabajo.

—Pudo costar una catástrofe. Su serenidad lo impidió. Y no creo que se le agradeciera bastante.

— Yo cumplía con mi deber, señor.

—Fue entonces cuando le contrató Klein. ¿Verdad?

Hassell asintió.

—Sí. Era un buen puesto. Con grandes posibilidades. A mí me

gusta la investigación, y allí tenía un campo muy amplio para ello. Pero...

—Pero hizo usted cosas que a él no le gustaron. Por ejemplo, insinuar el medio de impedir que hubiéramos llegado a estos extremos en que nos hallamos.

—Sí, es verdad —admitió Hassell—. Klein va a lo suyo. Todos los magnates de la industria sólo piensan en sus beneficios. Nuestra sociedad está montada así. Nadie quiere ser el primero en ceder. Los poderosos dicen siempre la última palabra.

—No somos tan perfectos como creíamos, Hassell, y se avecinan malos tiempos. —Hizo una pausa, y añadió, en tono confidencial—: Referente a la muerte de Heni... ¿Qué sabe usted?

—Todo lo que dije a los investigadores.

—Me han pasado el informe. Habló usted de tres hombres con unas máscaras... ¿Qué clase de máscaras?

—Convencionales, señor. De las que se usan aquí.

—Y no le creyeron.

—No, señor.

—Sin embargo, le dejaron en libertad.

—Estoy seguro que me vigilan.

—Entonces, sabrán que estás aquí —adujo Roxa.

—¿Y qué? Supongo que puedo hablar con quien quiero. De ciudadano a ciudadano.

Roxa tuvo un presentimiento:

—Papá. Esto puede resultar peligroso...

—¿Por qué?

—Tal vez estemos controlados. Pueden escuchar nuestra conversación…

—No creo que estemos preparando ninguna conspiración—sonrió Mali.

—Tengo miedo, papá.

—Es absurdo.. ,

—Miedo por ti —musitó ella, y Hassell la miro, un tanto confuso, y un mucho prendado por la serena belleza de la joven.

CAPITULO VIII

La noticia saltó al aire por boca de Polanski:

—Es el segundo caso de muerte violenta. Esta vez ha sido nada menos que el Moderador de la Central Rectora. Mali ha sido asesinado en su propio hogar. Su apenada hija Roxa se halla en estos momentos con nosotros. Está lógicamente abatida, pero ha accedido a que la interroguemos públicamente.

Roxa apareció en la pantalla, triste, pero serena.

—Lo presentía. Hassell dijo que estaba vigilado. Y los que le vigilaban sabían que estaba hablando con mi padre...

—Pero ¿que motivos podían tener para eliminar a su padre? —preguntó Polanski.

—Ninguno. Mi padre siempre fue un hombre bueno. Era un perfecto moderador. Se opuso siempre a toda clase de violencia.

—¿Se puede saber de qué hablaron su padre y Hassell, en esta entrevista?

—Mi padre temía violencias. Únicamente trataba de protegerme. El creía en Hassell.

—¿Y de qué hablaron?

—De la situación, Papá pidió a Hassell que cuidara de mi, si a el le ocurría algo…Quizá sentía que algo malo iba a ocurrirle.

Luego, añadió:

—Pero yo no quiero protección. Sólo deseo saber quién mató a mi padre. Es lo único que me importa. Desde tiempos muy lejanos que estas cosas no ocurrían en nuestro planeta, pero siguen vigentes unas leyes para los que atacan a un semejante.

—Por supuesto, Roxa. Y es de esperar que nuestro Responsable directo del Orden Interno tome la iniciativa de las investigaciones. Así lo esperamos.

* * *

El Jefe del Orden Interno quiso dar pública explicación, desde los estudios que dirigía Polanski:

—A todos nos ha afectado la muerte de nuestro Moderador. Se me ha citado a mí, desde este mismo lugar, emplazándome a tomar medidas. Huelga decir que conozco sobradamente mi obligación y que, en estos momentos difíciles por los que atraviesa nuestro planeta, haré cuanto está en mi mano para descubrir al culpable. Pero someto a la opinión pública que no deja de ser significativo que en el segundo caso de muerte violenta ocurrida en estos días, aparezca Hassell. Hassell estaba en el Laboratorio Central, cuando eliminaron a Heni, y Hassell visitó a Mali, momentos antes de que éste fuera igualmente suprimido. Desgraciadamente, no tenemos ninguna prueba contra ese científico, pero, desde aquí, les prevengo contra él. No se fíen. Recuerden que es quien se opone tenazmente a que se construyan los elementos necesarios para eliminar los gases venenosos que acabarán asfixiándonos.

Tras una pausa lo suficientemente larga como para que sus escuchas asimilaran las últimas palabras, añadió, a modo

tranquilizador:

—No obstante, los que tenemos el deber de velar por la salud pública, estamos trabajando denodadamente para conseguir nuestro objetivo. Y puedo asegurarles que lo lograremos. Nuestro planeta quedará libre de gases letales.

* * *

—Me están indisponiendo contra la opinión general. Lo hacen deliberadamente —se lamentó Hassell.

Se había reunido con la hija del difunto Mali, con Polanski y con Galher. Se hallaban en el hogar de Roxa, tras la incineración de los restos del Moderador.

Sabían que podían confiar entre sí. Eran los únicos que, por tener las mismas ideas, estaban de acuerdo en todo.

Galher, por su parte, seguía guardando el secreto sobre su posesión de los planos. Polanski intentaba buscar una explicación lógica.

—Que mataran a Heni porque se negara a dar los planos, es hasta cierto punto comprensible. Monstruoso, pero comprensible. Pero a Mali, ¿por qué?

—Tal vez porque se oponía al proyecto —adujo Roxa.

—¿Cuántos más se oponen? —preguntó Galher, interviniendo en la conversación.

—Papá habló de ello, después de la última reunión. Sólo puede contar con dos consejeros, que pensaban lo mismo que él y que Heni.

—¿Y los demás? —inquirió Galher.

—Se dejarán llevar por lo que diga la mayoría. Y ahora, todo está en manos de Stumer y de Número 4 —dijo Roxa.

Número 4 era el jefe del departamento de Orden Interno. Y todos conocían sobradamente su adhesión a Stumer. Ambos se distinguían por su intransigencia, reñida abiertamente con la libertad del planeta.

—Mi padre, con su buen hacer, sabia cómo tratarles. Por eso se han librado de él.

—Parece como si quisiera evitar un enfrentamiento —murmuró Polanski.

—Esto significa que pretenden llevar adelante el plan —adujo Hassell.

—Para eso haría falta que poseyeran el plano —sonrió Galher.

—Quizá lo tengan —repuso Hassell.

Al llegar a este punto de incertidumbre, Galher creyó que era el momento de revelar el secreto.

—¿Pueden escucharnos aquí?

Hassell mostró un pequeño aparato metálico que llevaba consigo, y lo hizo oscilar.

Todos sabían que aquel pequeño chisme era un neutralizador, que impedía toda intromisión ajena, en materia de micrófonos.

—Está bien —añadió Galher—. Es un secreto, pero puesto que los cuatro estamos de acuerdo, lo voy a revelar. Si algo me pasara...

Dudó unos instantes, para concluir:

—Yo tengo los planos. Heni me los había entregado, poco antes de que le mataran. Seguramente, temía lo que desgraciadamente sucedió muy poco después.

Todos quedaron en silencio.

—Entonces... ¿A qué obedecen estas muertes? —Fue Roxa la que rompió la larga pausa.

CAPITULO IX

Se llamaba Roller, y era uno de los consejeros con voz y voto dentro del Consejo. Partidario extremo de la suprema libertad, se había opuesto igualmente al uso del proyecto que podía aniquilar la vida del vecino planeta.

Roller vivía solo en un hogar-residencia de la periferia. Era amante de la naturaleza, que ahora, desde el interior de su casa, perfectamente aislada y oxigenada, contemplaba tras la ventana.

Era una naturaleza contaminada, muerta. Aquella neblina gris amarillenta lo invadía todo, incluso los escasos espacios libres con que contaba el habitáculo.

Roller era el objetivo de Hassell y sus tres cantaradas.

Necesitaban reunir a más gente para formar un clan lo más numeroso posible, y tratar de convencer a la opinión de la necesidad de paralizar las industrias cuanto antes.

En su reunión del día anterior, los cuatro habían acordado hablar primero con los consejeros adictos a la idea de suprimir el proyecto. Hassell iba a encargarse de Roller, mientras Galher visitaría al otro consejero con el que se podía contar.

Mientras Hassell estaba en camino de la residencia del consejero, éste —Roller— recibió una llamada de la Central Rectora.

El conector directo le puso en contacto con la voz del general Stumer:

—No es necesario que se presente a la reunión de esta mañana. No hay nada que tratar, y la hemos suspendido.

Generalmente, la voz iba acompañada siempre de la imagen, que quedaba bien visible en la pequeña pantalla, situada al lado del conector. Pero en esta ocasión la imagen de Stumer no apareció, y Roller accionó el botón de mando por pura rutina, pero la imagen

siguió sin aparecer.

—¡Vaya! Ya se ha fastidiado —dijo.

—¿Con quién está hablando, Roller? —le preguntó Stumer.

—Con nadie. Es que no consigo captar su imagen.

—Voy a darle mi identificación, si es que duda —repuso la voz de Stumer.

—Conozco bien su voz, General —repuso Roller.

—De acuerdo. En este caso, siga en su domicilio. Ya me pondré nuevamente en contacto con usted, por si le necesitamos.

—¿Algo más?

—No.

—¿Cómo va el asunto? Los últimos sucesos me inquietan bastante. ¿Se ha hecho alguna averiguación?

—No se preocupe. Se está trabajando en ello. Corto.

Cuando Roller se apartó del conector, tuvo la impresión de no hallarse solo, aunque no podía saber los motivos de tal intuición. No escuchó ningún ruido. La casa continuaba herméticamente cerrada. La soledad del exterior era la misma. Podía ver, en la distancia, el ventanal, las hojas ligeramente agitadas por un aire contaminado, aquella tristeza general que rodeaba el ambiente.

Y el silencio.

Absoluto.

Si embargo «había algo». Era como un halito… o quizá ésa no era la definición adecuada a ese algo…

¿Acaso estaba sólo en su imaginación...?

¿Podía describirse una música metálica, sin melodía y, además, sin sonido?

Pensarlo le pareció una aberración. Toda música se oye. Todo sonido tiene su razón de ser, precisamente por eso. Porque suena... Allí no sonaba nada. Pero había algo...

Y no parecía desagradable.

Se sentó. Deseaba sentarse. Deseaba experimentar el placer de aquella sensación. ¿De dónde procedía?

De pronto, tuvo la convicción que, de una forma extraña, trataban de comunicar con él. El sonido que nadie hubiera oído se hizo paradójicamente más audible para él. Y sonrió. Sonrió, complacido, adivinando lo que estaba sucediendo.

—Es extraordinario. Extraordinario. Empiezo a comprender. Es... Es la comunicación...

Su éxtasis quedó bruscamente interrumpido por un ruido en la puerta.

Se volvió, y su mirada se contrajo.

Alguien accionó la palanca de una pistola convencional, portadora de un destructor de células.

* * *

Hassell se aproximaba a la casa, a bordo de su bólido biplaza. Desde el interior, observaba la poluta atmósfera, y comprobó el oxígeno que le quedaba en el vehículo. No había mucho, pero el suficiente para no pasar apuros.

—Roller debe vivir en aquella casa —dijo en voz alta, observando la edificación, muy cercana ya.

Poco después, descendía del bólido y, al aspirar, notó el desagradable olor del aire impuro.

Al dirigirse hacia la puerta, observó que ésta estaba abierta. Resultaba extraño que alguien pudiera dejar que el aire penetrara en el propio hogar.

En seguida supo por qué. Apenas entrar, vio el cuerpo de Roller, tendido en el salón. No tuvo necesidad de acercarse demasiado para saber que estaba muerto.

CAPITULO X

En la reunión de aquella noche, en la que sólo faltaba Galher, Hassell mostró el pequeño aparato reproductor.

—Lo he cogido para que nadie pudiera manipularlo. Estoy seguro de que Roller acababa de morir.

Dejó la cápsula sobre la mesa de una de las salas del estudio de Polanski, y éste se apresuró a ponerla en uno de los aparatos reproductores usuales.

La grabación se produjo instantáneamente, y los tres pudieron oír un largo silencio, interrumpido por la llamada del general Stumer. La conversación que sostuvieron éste y el fallecido Roller, y de nuevo el silencio hasta la exclamación del consejero, al decir:

—Es extraordinario. Extraordinario. Empiezo a comprender. Es... Es la Comunicación.

Y nada más. Excepto el golpe. El ruido que procedía de algún lugar, y a continuación, el chasquido, apenas audible, de la descarga de la pistola convencional.

—Es el momento en que le mataron —murmuró Polanski. Y a partir de ahí, ya no había nada más.

—¿A qué se refería Roller, al hablar de que era algo extraordinario? —comentó Roxa.

No hubo respuesta. Nadie podía darla. Solo Roller. Pero ya no estaba.

—La Comunicación... ¿Qué es la «Comunicación»? —inquirió, a

su vez, Hassell.

Pero más que una pregunta era un comentario para sí mismo.

Polanski interrumpió el silencio, para decir:

—Sea como fuere, le han matado. Podía haber sido uno de los nuestros. Ya no cabe duda de que quieren eliminarnos a todos...

—Yo estaba allí —recordó Hassell—. Ellos no podían estar muy lejos. Roller acababa de morir. ¿Por qué no me mataron a mí?

—Tal vez no podían esperar. Los asesinos cumplen su misión y huyen...

—¿Y Korna? —inquirió Roxa, con un sobresalto. Se refería al otro consejero, del que debía encargarse Galher.

—Lo sabremos cuando vuelva Galher. Ya deberla estar aquí. Es extraño —comentó Polanski. Tras otro silencio, Hassell dedujo: —Si quieren eliminarnos a todos, pueden hacerlo en el momento en que se lo propongan. Ya lo han demostrado... Pero fijaos bien que, cuando eliminan a alguien, nunca hay testigos. La víctima está sola... —Hasta este momento, sí —asintió Polanski. —Bien. Creo que lo mejor será que, en adelante, no nos separemos nunca. Por lo menos, que nadie vaya solo. ¿De acuerdo?

—Es una buena idea —dijo Polanski, completamente de acuerdo. Roxa asintió también.

Un zumbido anunció la entrada de alguien Todos volvieron los ojos hacia una de las pantallas de la sala, y pudieron ver a Galher que ababa de hacer su aparición.

Polanski le franqueó la puerta de la sala, y apareció el que cerraba el cuarteto. Todos esperaban sus noticias con respecto a Korna, el otro consejero.

—No estaba. He hablado con su mujer. Dijo que había sido llamado para un asunto urgente.

—¿En el Consejo?

—No. En el Consejo, no. Esto es lo extraño. Se han reunido, pero Korna no estaba.

—Entonces, ¿quién lo llamó? —preguntó Polanski.

—No lo sé. He vuelto a hablar con su mujer, y dice que todavía no ha vuelto. Está un poco intranquila. Bueno. Bastante intranquila...

—Y más lo estaría, si supiera lo de Roller —adujo Hassell, y explicó seguidamente el triste fin del consejero.

—Es el tercero —comentó Galher—. No hay duda de que esto forma parte de un plan.

—No me extrañaría que a Korna lo encontraran muerto en cualquier parte —afirmó Polanski—. Debieron sacarlo de la casa con ese pretexto. Tú lo has dicho antes, Hassell. Nunca matan a nadie que esté acompañado...

Hassell cayó en la cuenta de algo importante:

—¡La llamada del General!

Se miraron todos, y el científico aclaró:

—Es la conversación grabada. —Y puso nuevamente en marcha el reproductor, en donde podía oírse la conversación sostenida por el general Stumer y Roller.

Polanski comprendió en seguida.

—El General le dijo que no acudiera a la reunión porque no iba a celebrarse. Y sin embargo, se celebró.

Galher asintió.

—Eso es cierto. Lo he comprobado. Y ha sido el propio Stumer el que ha hecho notar la ausencia de Korna. Y también me hablo de Roller. Yo pensé que Roller no había ido porque había hablado ya con Hassell.

—La cosa parece que va clarificándose —adujo el científico—. Llamaron a Roller para tenerle en su casa. Tenían previsto matarle, y, de acuerdo con su sistema, no querían testigos...

Tras un largo silencio, Polanski abrió nuevamente el diálogo para decir:

—Si fue el general Stumer quien le llamó, sólo queda un camino. Hablar con él.

CAPITULO XI

Stumer negó, indignado.

—¿Qué es lo que están tratando de insinuar? —rezongó, y su tono era abiertamente amenazante.

Según lo acordado la noche anterior, y a fin de no separarse, Hassell y Galher fueron los encargados de visitar al miembro de la Central Rectora, mientras Roxa permanecía en el estudio, junto a Polanski, a fin de que ninguno de ellos quedara solo.

Galher mostró la grabación a Stumer, y en seguida fue escuchada.

—Es su voz, ¿verdad? —inquirió Hassell.

—En efecto, parece mi voz... Pero yo no le llamé. ¿De dónde han sacado esta grabación?

Hassell explicó entonces lo ocurrido la mañana anterior, en el domicilio del consejero asesinado.

—¡Es curioso! ¡Allí donde va usted, se produce una desgracia! —acusó Stumer.

—No desviemos la cuestión, señor —cortó Hassell —Yo no me dedico a matar a la gente. Y menos aún, a los que son contrarios al proyecto que pretenden poner en práctica.

—Podría acusarle de apoderarse de pruebas que pueden tener un valor incalculable para la investigación —recordó el miembro de la Central Rectora.

—Puede quedarse con él, General. Yo sólo quise asegurarme de ser el primero en oírlo. Y no me negará que es muy extraño que su voz sea la que invite a Roller a quedarse en casa cuando, de hecho, se estaba celebrando una reunión.

—¡Insisto en que yo no llamé! ¡Esperen! —El General pasó, una vez más, la conversación, y en seguida hizo notar—: Oigan esto.

Era el pasaje en que Roller se lamentaba de que en la pantalla no había visión.

—El no pudo verme, señores. Una voz se puede imitar. Hay docenas de medios...

—Y una imagen se puede interferir —recordó Hassell, a su vez—. También existen docenas de medios.

Stumer adoptó una actitud digna, no exenta, sin embargo, de su habitual brusquedad.

—Señores. Yo les doy mi palabra de honor de que no hablé con Roller.

* * *

—Parecía sincero —murmuró Galher, de regreso.

—A mí también me gusta creer en la sinceridad de la gente — Hassell parecía un poco escéptico.

—Piensas que, si es una confabulación para eliminar los posibles estorbos, nadie mejor que Stumer para dirigirla... Es eso lo que piensas, ¿verdad?

—No sé. No sé que pensar. De cualquier modo, hemos hecho bien en sacar una copia de esa grabación. Me gustará estudiarla con calma Lo malo es que va pasando el tiempo, y, que yo sepa, no se adopta ninguna medida para solucionar el principal problema—.Señaló exterior—. Mira las calles. Ya nadie puede cruzar por ellas… Y el suministro de oxigeno no da abasto...

Era desolador ver la ciudad, otrora como un paraíso de luz de atmósfera grata, de sol y de avecillas que alegraban la visión, y daban una nota de vida, convertida en un lugar irrespirable, muerto en apariencia, con edificios que emergían entre la neblina como formas fantasmagóricas en un mundo supermecanizado, lleno de bienestar, que la mecánica estaba convirtiendo en un cementerio de muertos vivientes.

* * *

Entretanto, en los estudios de Polanski, y mientras éste transmitía su habitual emisión de Media Jornada, una de las secretarias del estudio recibió una llamada, en la que solicitaba hablar con Galher.

Roxa se puso al habla:

—No está. ¿Quién le llama?

La que hablaba era una mujer. Roxa podía verla, a través de la pantalla.

—Soy su secretaria. Es urgente que le entregue algo. Muy urgente —dijo la comunicante.

—No sé cuánto tardará.

—Usted es Roxa, ¿verdad?

—Sí.

—Galher me ha hablado de usted. Bueno. De todos ustedes. Sé que están de acuerdo en todo, y por eso estoy segura de que puedo confiar.

—Hable de lo que sea. Se lo comunicaré a Galher, en cuanto regrese.

—Es un documento muy importante, que alguien me ha entregado, en nombre de Roller.

—¿De Roller?

—Sí. No ha querido dar su nombre. Pero sé que es de un Consejero de la Central. El documento está en clave, y contiene unas fórmulas. La persona que me lo ha entregado dijo que se lo diera a Galher para que lo examinara, pero tiene que ser muy de prisa. Volverá a buscarlo, antes de que finalice el programa de Media Jornada.

—¿No puede sacar una copia?

—Imposible. No tengo ninguna grabadora a mano. ¿Comprende la urgencia?

—Sí, claro. Espere un instante.

Roxa asomó por el estudio. En la pequeña plataforma, frente a las cámaras, se hallaba Polanski, hablando del momento actual.

—…Tres casos de muerte violenta, que siguen en el misterio. No hay duda de que existe una clara subversión…

Roxa hizo una seña a Polanski que, con la mirada, pareció indicarle que aguardara.

Pero no podía aguardar. En la pantalla, la secretaria de Galher mostraba su impaciencia.

Volvió a la mesa, y dejó una nota en el tablero de comunicaciones:

«Volveré en seguida, me llevo una reproductora gráfica», anotó en el tablero automático, y en seguida comunicó a la muchacha de la pantalla:

—Voy en seguida. ¿Dónde está usted?

—En el Laboratorio Central. Diríjase a la puerta Lateral B-Z.

—B-Z. De acuerdo.

Cortó la comunicación y se dirigió a la salida.

Había decidido, junto con los demás, no separarse nunca pero aquel caso lo requería.

Frente a la cámara, Polanski continuaba con su emisión.

* * *

La muchacha que dijo ser la secretaria de Galher, tras cortar a su vez la comunicación, se volvió hacia Klein, el magnate, a quien preguntó:

—¿Lo he hecho bien?

—Magnifico, Sora. Magnífico.

CAPITULO XII

Polanski terminó su emisión y, justo cuando leía en el tablero automático la nota de Roxa, hicieron acto de presencia Galher y Hassell.

Venían hablando.

—Tenemos que ir juntos —decía el científico—. Tal vez encontremos alguna dificultad, pero es necesario tener una nave dispuesta.

—¿Qué pasa? —preguntó Galher, al observar la preocupación de Polanski.

El locutor mostró la nota de la muchacha.

—¿Mi secretaria? Yo no tengo secretaria —exclamó Galher—. Esto es una trampa.

—No debiste dejarla ir sola —adujo Hassell, a su vez.

—Yo estaba transmitiendo. Me hizo unas señas, pero no podía dejar el programa... ¡Es espantoso! Lo tienen todo calculado... Tenían que saber que vosotros no estabais, y que ella contestaría la llamada.

—Ni siquiera sabemos adónde ha ido —se lamentó el joven científico.

—No creo que esto sirviera de mucho —comentó Galher.

—La reproductora gráfica... ¿Por qué se llevaría la reproductora gráfica? —pensó Polanski, en voz alta.

—¡Hay que encontrarla! —decidió Hassell—. Prometí a su padre que cuidaría de ella.

Galher se mostraba pesimista.

—Si están dispuestos a terminar con nosotros...

—¡Vamos! Iremos los tres. Pondremos patas arriba todo —intervino Polanski—. Pero antes convendría avisar a la Central. No pueden cruzarse de brazos. Si se inhiben, daré la noticia a cada momento.

—Pronto la gente tendrá problemas mayores. Los tienen ya —

recordó el científico—. Se están ahogando. Una desaparición más, ¿qué importancia tiene?

Salieron los tres, utilizando un bólido para cuatro plazas. Polanski era el mejor conductor, y se puso a los mandos, que, no por elementales, tenían necesidad de una persona que supiera dosificar las marchas adecuadamente para sacar el mayor rendimiento posible.

Una, dos, tres vueltas por la ciudad fantasma, para convencerse de la inutilidad de su intento.

Sólo cabía una solución. Y Hassell estaba dispuesto a llevarla a término, aunque por una vez tuviera que emplear la violencia.

—Al domicilio privado de Stumer.

Stumer no estaba solo. En su residencia, y, aunque no era preceptivo, le gustaba disponer de una guardia personal. Cuatro miembros de esa guardia custodiaban la residencia, en la próxima periferia.

El General no solía recibir a nadie en su casa, pero ante la insistencia y los gritos de Hassell, accedió.

—No me gusta su actitud, Hassell. ¿Qué significa esta comisión? se trata de algo oficial, pueden acudir al Consejo. Conocen perfectamente las reglas.

—¡Al diablo las reglas, Stumer! —Por una vez, Hassell ni siquiera le habló con la corrección que era habitual en él.

—¿Qué significa...?

Hassell corto tajante:

—Roxa ha desaparecido... ¡Esto ya va demasiado lejos! Primero Heni, luego Mali, Roller, y ahora Roxa...

—Escuche, Hassell. Ya le dije…

—¡No! ¡Escúcheme usted! —atajó nuevamente el científico— Quiero que Roxa aparezca lo antes posible. ¿Me oye? De lo contrario, todo el mundo sabrá que usted, por lo menos, tuvo que ver algo en lo de Roller...

—¿Cómo se atreve a amenazarme?

Tengo una reproducción de la conversación que usted y Roller sostuvieron. Polanski está decidido a ponerla en conocimiento de todos...

—Ya le dije que yo no había hablado con él.

—Eso tendrá que probarlo, Stumer. Y mientras no se demuestre lo contrario, en la reproductora aparece su voz. Ya está advertido. Roxa debe aparecer, y ahora mismo.

En otras circunstancias, las iras del General habrían llegado hasta el extremo de retener a quienes habían osado levantarle la voz, amenazándole además, pero algo le contuvo... Quizá aquella reproductora, tal vez el íntimo convencimiento de que algo raro había en todo aquello... O simplemente la íntima comprensión hacia un

hombre lógicamente enojado por las circunstancias.

Cualquiera que fuera la causa, Stumer, impenetrable como siempre, dejó que los tres hombres se alejasen.

* * *

Fue una larga espera. Hassell no confiaba demasiado en recibir noticias, pero una vaga intuición le hacía pensar que Roxa vivía...

La comunicación llegó cuando ya ninguno de los tres confiaba.

Sorprendentemente, apareció en la pantalla el rostro de Klein.

—Me ha costado bastante dar contigo, Hassell. ¿Vives ahora en el Estudio? —preguntó.

—¿Qué quiere usted, Klein? —preguntó el científico.

—Hablar contigo sobre tu empleo. He recapacitado... Parece que no hay solución al problema de los gases. Con la desaparición de los planos, hemos perdido una buena oportunidad... Así que he pensado paralizar la producción.

Hassell casi no creía lo que su antiguo jefe le estaba diciendo.

—Sí, hombre. No pongas esa cara de pasmo. He tenido una reunión con varios colegas. Están de acuerdo en paralizar la producción, y todos quieren producir el oxígeno suficiente para crear una atmósfera capaz de alimentar a todo el planeta.

—Esto es imposible —murmuró Hassell.,

—Ya lo sé. Ya lo sé. Es un decir. Pero tenemos que organizamos... Y te necesito. No sería lógico que te dejara sin trabajo, después de aceptar tu propuesta... Así que... te espero cuanto antes.

—Bueno. Es que ahora...

—¿Tienes problemas?

—Sí, Klein. Los tengo.

—Quizá yo pueda ayudarte.

—No lo creo.

—¡Quién sabe! Tú no ignoras mi poder... Y mi influencia, ¿verdad?

De nuevo, el científico cambió una mirada con los otros. Galher asintió.

—De acuerdo. Iré ahora mismo.

Cuando la comunicación quedó cortada, Galher dijo:

—Iremos juntos. Eso podría ser otra trampa.

—Yo tengo la emisión nocturna —se excusó—. Pienso hablar de Korna. No ha vuelto a saberse de él...

—Pero vas a quedarte solo.

—Estaré preparado. Aparte de que no creo que en el Estudio se atrevan a nada. Luego, están las secretarias de guardia, y por si

acaso… —Abrió un cajón, y extrajo una pistola convencional.

—Esto sigue oliéndome a trampa —insistió Galher.

—En todo caso, la trampa sería para Hassell —sugirió el locutor —. Así es que, si va acompañado, no le pasará nada.

—Ya es extraño que Klein haya claudicado —comentó Hassell, pensativo—. No es persona que cambie fácilmente de opinión… De todos modos, será interesante saber lo que quiere.

* * *

En una de las dependencias subterráneas del Imperio Klein, dos hombres fornidos, esbirros a sueldo del magnate, custodiaban una puerta, tras la cual, perfectamente encerrada, se hallaba prisionera Roxa.

Primero había golpeado con todas sus fuerzas. Había gritado a pleno pulmón, pero, a través del altavoz, uno de los guardianes le dijo:

—No te canses, hermosa. Estas completamente aislada. Ni se oyen tus golpes, ni tus gritos.

Y el guardián jugueteaba con un pequeño artefacto plano, de apariencia simple, y comentó con su compañero:

—¿Para qué diablos sirve esto? —Es una reproductora gráfica —explicó el otro—. Se utiliza para sacar copias de planos o de escritos.

CAPITULO XIII

Hassell, y Galher fueron introducidos a través de la entrada de personal de la fábrica, directamente a las dependencias privadas subterráneas.

Klein recibió amablemente a ambos mientras, a su lado, en el despacho-estudio, su secretaria —-la misma que había dicho ser la secretaria de Galher— lucía sus encantos del modo que a su jefe más le apetecía.

—Déjanos solos, Sora. Y usted puede quedarse, Galher. Le conozco bien, y creo que también podré ofrecerle trabajo. Puesto que está aquí, y parece compañero inseparable de Klein, estoy seguro de que no lo rechazará.

—Podría seguir trabajando en el Laboratorio Central —recordó el aludido.

—Desde luego, pero parece que, desde que murió su jefe, ha dejado de ir por allí.

—Está usted muy bien enterado —murmuró Hassell.

—Yo siempre estoy enterado de lo que me conviene… Por

ejemplo, conozco cuál es el problema que te preocupa en estos momentos, muchacho. —Hablaba a Hassell con un tono impertinente paternalista.

—¿Mi problema?

—Roxa —dijo simplemente Klein, esbozando una sonrisa que tenía mucho de burla.

—Usted… Usted sabe… Luego usted… —Hassell empezaba a comprender la verdad, aunque no del todo.

El magnate siguió mostrando su juego.

—Tu amiga Roxa, que por cierto es muy hermosa, de momento, se halla perfectamente. Molesta por haber sido privada de la libertad, pero, mientras las cosas no se compliquen nadie le hará ningún daño. Ni yo mismo me preocuparé de ella, y conste que me gustaría que alegrara mis momentos de ocio. Tengo predilección por las compañeras de su clase. Tiene porte y belleza…

—¡Acabe ya! ¿Qué se propone?

—Tu colaboración.

—¿Mi colaboración?

—Sí. Tu colaboración, a cambio de respetar la vida de Roxa…

—Pero… ¿Qué es lo que pretende de mí?

—Tú eres el único que puedes reconstruir los planos para fabricar lo necesario para la extracción…

—Yo no sé nada de esto…

—No lo niegues. Si hay alguien en todo el planeta que pueda hacerlo eres «tú… Ya tenías alguna idea de ello. Eres listo. Yo sé reconocer las .cosas… A veces, incluso eres demasiado listo…

—No siga… Tardaría años… Y entretanto, habrían muerto todos…

—En todo caso, habrían muerto unos cuantos Ya haríamos una reserva para que, cuando todo volviera a funcionar normalmente, pudiera volver a trabajar.

—¿Conque es esto lo que pretende? ¿No le importan las vidas que se pierdan…?

—Confío en que se pierdan pocas. Tú te darás prisa en levantar esos planos… Además, cuentas con la ayuda de Galher. Era el ayudante directo de Heni. Entre los dos resolveréis el problema, en pocos días. Pondremos un plazo. Si en ese plazo no has sido capaz de realizar lo que te pido… no volverás a ver a Roxa.

El tono de Klein se había vuelto amenazante, y Hassell sabía que estaba dispuesto a cumplir su amenaza.

* * *

Klein no había permitido, siquiera, que Hassell viera a Roxa, pero

sí consintió en que oyera su voz.

—¿Estás bien? —le preguntó, a través de un receptor; y la voz de la muchacha replicó:

—Sí, Hassell. Y tú, ¿dónde estás?

—Klein quiere que trabaje en el plan de absorción de gases.

—No lo hagas, Hassell —exclamó ella, desde su encierro—. No te dejes convencer.

—Tengo que hacerlo, Roxa. Es la única forma de rescatarte.

—¡No, Hassell! No te preocupes por mí...

Klein, presente en la breve charla, cortó la comunicación.

—A Roxa pueden pasarle muchas cosas. Una de ellas es que le corte el oxígeno... Se sufre mucho cuando falta el aire en esos lugares herméticos, y uno puede llegar a asfixiarse...

—¡No se atreverá! —gritó Hassell.

—Eso depende de lo de prisa que te pongas a trabajar. ¡Vamos! Empieza ahora mismo. Y nada de querer ganar tiempo. Cada minuto que pierdas es un minuto que acortas la vida de Roxa…

CAPITULO XIV

Los dos científicos tenían para sí un completo laboratorio, con un buen número de buenos ayudantes.

En un despacho privado —todo en el mismo subterráneo- tenían sus mesas de trabajo para laborar juntos.

En estos momentos, fingían trabajar, pero lo que, en realidad, hacían era pasarse un mensaje, convenientemente cifrado. No podían hablar de cosas ajenas al trabajo, por temor a ser escuchados —que lo eran— a través de los múltiples receptores distribuidos por todas las dependencias.

Como tampoco podían denunciar su condición de prisioneros de Klein, éste había autorizado a Hassell para que llamara a Polanski para decirle que no se preocupara por él. Que Klein había hablado en serio, y que Galher se quedaba también.

Naturalmente que ambos hubieran querido gritar la verdad, pero, de hacerlo, Roxa corría el grave riesgo de pagar las consecuencias de las iras de Klein.

Ahora, en su breve mensaje cifrado, en forma de fórmula matemática, Hassell había escrito:

> «Lo primero que hay que hacer es conseguir un interceptor para poder hablar libremente.»

Su compañero leyó el mensaje, y se lo devolvió, diciendo de viva voz:

—Pensaba lo mismo. Me parece correcto. Esto lo tendremos pronto.

Y le pasó, a su vez, otro mensaje, añadiendo:

—Mi fórmula tiene ciertas variaciones.

En realidad, el mensaje decía:

> «Si las cosas se ponen mal, puedo entregarle los documentos. No quisiera hacerlo. Pero sé' lo que significa Roxa para ti.»

—No. Eso, no —murmuró Hassell.

Klein les observaba, a través de una de las múltiples pantallas, desde las cuales, y en cualquier estancia, podía controlar lo que ocurría en el subterráneo, o la fábrica o cualquier rincón de aquel vasto imperio del subsuelo.

—Parece que trabajan con fe —sonrió Sora, pero el magnate no estaba del todo convencido.

—No sé. No sé... Esos no son un par de idiotas, precisamente. Por eso no puedo perderles de vista, ni un momento... Tengo observadores en todas partes...

Y Galher, en su siguiente mensaje, decía:

> «Aunque entregara los documentos, no sabrían cómo poner en funcionamiento el aparato. Y basta una simple adulteración del compuesto químico para que la absorción fracase. Sería un modo de ganar tiempo. No esperabas que lo entregara todo en bandeja, ¿verdad?»

Hassell sonrió. No. No lo esperaba. Después de todo, la vida de Roxa le importaba mucho, pero era una contra la de millones de seres: los del planeta Skoran.

«Lo importante —pensaba Hassell — era encontrar el medio de paralizar las fábricas, a fin de eliminar la polución mortal, sin que se produjeran víctimas.»

Sólo había un medio.

SABOTAJE.

* * *

Habían conseguido ya un interruptor —control remoto— para interferir la escucha. No podían utilizarlo de continuo, a fin de no levantar sospechas. Por eso, cuando tenían necesidad de hablar, empleaban el menor número de palabras posible para que la carencia de sonido no les delatara.

—Coordinador general —dijo Hassell.

Su compañero supo lo que quería decir. El coordinador general que regía las instalaciones automáticas era el eje de todo el funcionamiento. Una avería significaría la paralización total. Y tendría que ser una avería lo suficientemente importante como para mantener el paro de forma indefinida. Resultaba difícil. Pero no imposible.

—Peligroso —murmuró Galher.

—Hay que correr el riesgo.

—No nos dejarán acercar.

—Diré lo que necesito.

Por la noche, ya en el tercer día de trabajo, decidieron ultimar el plan.

Klein, en previsión de cualquier confabulación que pudieran maquinar, les proporcionó camas por separado, y les obsequió con chicas para que se sintieran más a gusto.

Hassell las rechazó.

—Mientras no tienes a Roxa… —se burló el magnate.

—Estos problemas no son de su incumbencia.

Galher sí aceptó:

—Aparte de que no es desagradable, es como una manera de colaborar para que se confíe.

Las féminas, en el subterráneo del planeta, hacían lo que todas las hembras de todos los planetas, y de acuerdo con el rito y las costumbres del habitáculo.

Aquella noche, Galher pidió una chica, y Klein se mostró generoso. Previamente, los dos amigos se habían puesto de acuerdo.

Los dormitorios, aunque controlados, incluso con pantallas, al quedar a oscuras, naturalmente, desaparecía la visión.

Galher estaba con la muchacha y, haciendo uso del interruptor, interfirió el sonido para poder hablar con ella libremente:

—Escucha. ¿Te trata bien Klein?

—Es un perro (1).

—¿No simpatizas con él?

—Con los perros no se simpatiza, sólo hay que obedecerles.

—Magnífico. Entonces, hazme un favor. Ve con mi amigo. Está alojado al final del corredor. Cuando llegues allí, él vendrá hacia aquí.

—¿Prefieres estar con tu amigo?

—Tengo necesidad de hablar con él. ¿De acuerdo?

—Pero en el corredor, hay dos guardianes…

—La luz se interrumpirá unos momentos. Dime el tiempo que necesitas para llegar hasta allí.

—No sé…

(1) Perro venia a ser, en el planeta, como la expresión de máximo desprecio con que se podía catalogar a una persona.

En la oscuridad, Galher extrajo un pequeño aparato del bolsillo, y pulsó un botón.

—Dentro de un instante, se producirá el apagón. Por favor… Necesito tu ayuda.

—De acuerdo —musitó ella. Todo lo que fuera en perjuicio de Klein, le parecía estupendo.

—Gracias. Hila Me gustaría estar contigo más que con mi amigo, pero ya tendremos ocasión.

Se produjo el apagón, y la muchacha —Hila— salió al corredor.

Los guardianes, uno en cada una de las dos puertas de los extremos, se apresuraron a encender sus pilas portátiles de emergencia.

Hila tuvo buen cuidado en que los haces de luz no la descubrieran…

Cuando la luz volvió. Hila ya estaba en el dormitorio de Hassell, que se disponía a salir, en espera del siguiente apagón.

Galher calculó el tiempo, y accionó nuevamente el dispositivo de su invención.

Los guardianes gruñeron ante la anomalía, mientras el científico, pegado a la pared, se deslizaba, atento a las luces.

El esponjoso suelo impedía que resonaran las pisadas.

Una de las pilas, con su foco, recorrió la pared y Hassell pensó que todo el plan iba a venirse abajo

Se echo al suelo, y el haz de luz paso, raudo, rozando su cabeza.

No. No le vieron.

CAPITULO XV

Los dos amigos estaban reunidos, en la oscuridad del dormitorio.

—Iré directamente al asunto —empezó Hassell, sin demasiado tiempo que perder—. Sé que Klein pondrá dificultades para que entremos en el Coordinador general. Seguramente se olerá algo. Pero le diremos que es estrictamente necesario para la obtención y dosificación de la fórmula química extractora. Con la excusa de hacer pruebas, intentaré entrar las veces que haga falta.

—Con un par de guardianes a tu espalda.

—Esto lo imagino. Pero alguna vez se descuidarán.

—De acuerdo. Admitamos que consigues paralizar la fábrica. Tú y yo seremos los primeros sospechosos. ¿Y qué crees que ocurrirá entonces?

—Es un riesgo que hay que correr. De todas formas, haremos creer a Klein que ya disponemos de la fórmula. Quizá esto le calme, en el supuesto que crea que hemos sido nosotros. Yo, concretamente.

—¿Por qué tú?

—A ti te necesito para otra cosa, Galher. Tienes bastante desparpajo con las chicas… Deberlas hacer amistad con Sora, la secretaria de Klein… En su despacho, están todas las pantallas. Una de ellas pertenece, sin duda, a la estancia donde Roxa está encerrada. Si pudieras enterarte…

—¿Y qué hago de Klein?

—A Klein le diré que me acompañe personalmente al coordinador. También forma parte de mi plan. Será una prueba de mi buena fe. Espero que pique.

—Si no hay más solución, por mí, adelante.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Confieso que no.

—Entonces, trato hecho.

—Pero ¿y las otras fábricas?

—Esta es la segunda parte del plan… Aquí intervendrá Polanski. Tendremos que arreglárnoslas para hablar con él En primer lugar, el coordinador general controla parte de todas las fábricas. Una avería significaría un considerable descenso de la producción, lo que equivale, en principio, a reducir la polución…

—Pero ¿qué tiene que ver Polanski?

—Polanski cuidaría de reunir, en el Estudio, a los propietarios más importantes, con la excusa de tratar públicamente del asunto. Lo que haría, en realidad, sería encerrarlos. Tú sabes perfectamente que el estudio es un bunker, prácticamente inexpugnable. Sólo tendría que pedir, como rescate, nuestra libertad. La de Roxa y la nuestra…

—Humm…

—Sí, ya sé. Es arriesgado. Descabellado, si quieres, pero no tenemos opción.

—¿Por qué no empezamos por aquí? —adujo Galher.

—Porque, sin una avería formal, los propietarios no aceptarían una reunión ante las cámaras. Sólo un conflicto grave les hará mover. Por eso, primero, es necesario avenar el coordinador general.

Galher exhaló un suspiro.

—Ojalá la suerte nos acompañe

—Ya puedes apagar nuevamente las luces —advirtió Hassell.

—Cuando llegues, di a la chica que ya nos veremos mañana… Parece una buena muchacha. Y odia a Klein. Podemos consideraría cíe las nuestras.

A guisa de despedida, Hassell murmuró:

—Mañana empezaré a plantear el problema. —Y su amigo asintió. No lo veía muy claro, pero colaboraría con todo su entusiasmo.

CAPITULO XVI

Klein estaba indignado. Había pasado media noche ante la pantalla que reflejaba la imagen de la habitación-dormitorio de Galher, sin ver ni oír nada.

—Más de media hora, sin decir palabra. ¡Y a oscuras!

Sora, que conocía bien los gustos, costumbres y caprichos del magnate sonrió:

—Puede que él sea un tímido.

—Esto no me gusta... ¿Quién es esa chica que estuvo con él?

—Hila.

—¿Qué tal es?

Sora tomó una ficha, y la introdujo en una pequeña computadora. Los datos de Hila aparecieron en la pantalla.

—Ya lo ves. Trabajaba en la sección de tintado. Carácter rebelde y quejoso. Despotricó bastantes veces de ti. Fue castigada en varias ocasiones hasta que la destinaste al subterráneo. Naturalmente, no tiene familia. No quería aceptar su nuevo destino. Hubo que emplear la fuerza. Luego se apaciguó. No ha vuelto a las andadas.

— No es de fiar. En cuando a Galher, mándale otra.

—¿Quieres que vaya yo?

—¡Ni se te ocurra! Tú te debes a mí...

—Quizá me entere de cosas

-Si llegara el momento, ya utilizaríamos a otra de confianza Tú misma puedes elegirla.

—Lo que tú digas.

Entre las notas retenidas en el memorizador de la computadora, figuraban los apagones del sector donde tenían los dormitorios los dos científicos.

Sora, cambiando de tema, lo mencionó de pasada, y Klein pegó un salto.

—Te digo que aquí pasa algo extraño.

—Fueron simples apagones. Algún fallo superficial...

—Habla con el encargado de las baterías.

—De acuerdo, pero no desconfíes tanto. Acabarás dudando hasta de tu propia sombra.

—Te dije, desde el primer momento, que ni Hassell, ni Galher eran idiotas... Tramaban algo. Lo sé. Quiero un informe del Encargado de las baterías. Lo quiero, cuanto antes.

Y entretanto, se produjo la llamada de Hassell, pidiendo hablar personalmente con Klein.

Con su habitual recelo, el magnate acudió al laboratorio.

—Ya están listos —le dijo el científico— los planos para la fabricación del tubo de absorción de gases. Antes de pasarlo a fábrica,

quería que usted los examinase.

—¿Seguro que los materiales son los correctos?

—Más que los materiales, lo importante es la mezcla para conseguir absorber los gases que luego han de ser expulsados.

—¿Trabajáis ya en ello?

—De eso quería hablarle, precisamente…

—¿Hay problemas?

—Ninguno. Pero habrá que realizar una serie de pruebas. Y esto siempre es lento.

—No lo sería, disponiendo del Coordinador General.

Klein miró suspicazmente a Hassell, que ya esperaba algo parecido, pero fingió no darse cuenta, y prosiguió:

—En seis o siete días, con un plan de trabajo establecido, podríamos realizar todas las pruebas, pero sin el coordinador, la planificación puede eternizarse… Galher y yo estamos convencidos de que en la composición intervienen varios líquidos. Es difícil dosificarlos a ciegas.

—Utilizad las computadoras.

—Las computadoras sirven para conocer la fórmula, pero planificar las pruebas es otra cosa… Todo esto es simple, pero complicado a la vez… De nada servirá haber instalado las tuberías y el depósito, si luego fallamos en lo principal. Y además, podría resultar peligroso.

Luego, explicó el procedimiento:

—Los gases que se absorben van a parar al depósito, donde la fórmula los transforma, convirtiéndolos en gases explosivos, que es necesario expulsar rápidamente para que no estallen. Ahí radica el peligro del error. En otros planetas, esos mismos gases transformados se regeneran, y vuelven a la atmósfera, con un índice negativo de contaminación, pero en nuestro habitáculo esto no es posible. La solución, pues, consiste en lanzarlos lejos, apuntando a un blanco donde puedan ser absorbidos. Pero insisto en que no se pueden retener en el depósito. Y esto es lo que sucedería si no actuamos con un plan debidamente organizado.

—Heni no tenían ningún coordinador —recordó Klein.

—Heni pasó toda una vida trabajando en esto.

—¿Qué tramas, Hassell? —preguntó directamente el magnate.

—Si crees que tramo algo ¿Por qué no me acompaña usted mismo? Sólo quiero programar el trabajo.

—De acuerdo. Te acompañará mi Ingeniero Jefe. Ya le conoces. Si manipulas algo que se aparte de tu trabajo… ve pensando en Roxa.

—Porque pienso en ella, Klein, quiero acabar cuanto antes este asunto…

Interiormente, subrayó lo de *cuanto antes*… Porque era la verdad.

CAPITULO XVII

Cuando Hassell se vio dentro de la estructura metálica que regia toda la producción de la sede central y demás fábricas del magnate Klein y parte de la de sus colegas, pensó que había dado un paso muy importante, en su idea de sabotear la industria.

La atenta mirada del Ingeniero Jefe le impedía, en principio, comenzar su labor destructiva, pero procuró ganar su confianza, haciendo preguntas acerca del funcionamiento de algunas de las clavijas del interior de aquel monstruo, al que sólo le faltaba hablar con voz propia para ser perfecto.

—Todo este sector —dijo el ingeniero— está libre. Puedes programar con esas tres clavijas, en cuanto el proceso de datos te haya dado los que te interesan. El coordinador programará automáticamente.

—Increíble, ¿eh?

—Tú ya habías trabajado aquí.

—Sí, pero jamás me preocupé de ese chisme.

—Si ya no necesitas nada más, salgamos —dijo el ingeniero, fríamente.

—¡Je! Tan perfecto y tan sensible a la vez —murmuró, mirando el entresijo de cables, bobinas, bujías, más cables y más clavijas—. Bastaría hacer un cruce y... habría que desmontarlo casi todo.

—Atrévete a hacer una cosa así y verás lo que te sucede.

—Puedes estar tranquilo. Ya se ve que te han predispuesto contra mí, pero ya ves'. Yo he venido a lo mío. A mi trabajo.

—Más te vale.

No disfrutó ni siquiera de un momento de descuido, pero Hassell había descubierto ya el lugar ideal para propiciar la primera avería.

De regreso al laboratorio —siempre interfiriendo la audición— lo comentó con su amigo.

—Necesitamos un fusible del tipo K.

—¿Para qué?

—Para invertir las conexiones. Si se coloca en el lugar ocupado, comenzará el desbarajuste.

—¿Cómo vas a colocar un fusible en el coordinador, sin que se den cuenta?

—Con ingenio y un poco de suerte.

—Para nuestro trabajo, no necesitamos fusibles. No sé cómo vamos a conseguirlo.

—Fácil. Habla con tu chica, esta noche. Quizá ella encuentre el modo.

—¿Hila? —Galher sonrió—. Tal vez. Sí...

* * *

Klein tenía en su mano el informe, respecto a los apagones del sector, habido durante la noche anterior.

—¿Lo ves? —le dijo Sora—. Nada importante. Una conexión desgastada en la batería del sector. Ya esta arreglado… A propósito. Polanski ha llamado otra vez. Pregunta por ellos. Dice que si les tenemos secuestrados. Creo que deberías dejarles que se pusieran en contacto.

—Polanski, ¿eh? —murmuró Klein, pensativo—. Bien, bien. Que hablen con él. Pero todo controlado.

—Aquí nada se escapa, Klein. Bien lo sabes —repuso la secretaria, con su eterna sonrisa aduladora.

* * *

Hablaron con Polanski. Los dos. Mintieron diciendo que trabajaban muy satisfechos, y cuando el de la televisión les preguntó por qué no se detenían de una vez ¿as fábricas Hassell, respondió en tono optimista:

—Eso ocurrirá muy pronto. Puedes estar seguro.

—¡Ah! Estuve en los Hangares de la Central para el asunto de la Nave. Claro que, si paralizan las fábricas, ya no tendréis necesidad de largaros.

—Tal vez realicemos un viaje de placer —sonrió, irónico, Hassell.

—Si os decidís, preguntad por Galok. Es un piloto muy simpático. Tiene a su cargo la AO 241. El dice que es la mejor. Claro que...

—¿Ocurre algo?

Todo quedaba perfectamente grabado, además de la escucha personal de Sora. Polanski siguió:

—Pensaba en Roxa. ¿No tenéis noticias aún? Estos días me habéis tenido preocupado. Cuando llamaba, me decían siempre que estabais muy ocupados...

—Y no te mintieron. Lo de Roxa, lamentablemente, sigue igual. Pero Klein se preocupa mucho del asunto. —Y en cierto modo, Hassell no mentía.

—Bien. Me alegro de que se haya operado este cambio.

¿Cuándo os veré?

—No creo que tardemos mucho en concluir el trabajo que se nos ha asignado. No te preocupes por nosotros.

—¿De veras estáis bien?

—Perfectamente, Polanski. ¿No se nota por nuestro tono de voz...? ¿Y tú qué tal?

—Procurando atosigar a las altas esferas para que resuelvan el misterio de esas muertes. Menos mal que, de momento, no se ha vuelto a producir ninguna.

—¿Y Korna?

—El Consejero Korna sigue sin aparecer, ni vivo ni muerto.

Cuando terminaron la conversación en la que, además de hablar, pudieron verse reflejados en las respectivas pantallas, Galher comentó:

—Respecto a esas muertes... ¿Crees que son obra de Klein?

—¿Por qué no se lo preguntas? —fue la respuesta de su compañero.

* * *

Aquella noche, no fue Hila la que apareció en el dormitorio de Galher, sino otra muchacha, especialmente elegida por Sora.

—Me llamo Koina. Sé que hubieras preferido a Hila, pero la han castigado. Klein es un déspota.

Koina había sido debidamente aleccionada. Su misión era sonsacar a Galher, averiguando si planeaba algo. El mejor sistema para hacerle hablar era poniéndose abiertamente en contra de Klein para ganar la confianza del científico.

Klein era muchas cosas, pero tú no estás aquí para hablar con él.

Koina era una experta intentando sacar información a los hombres. Y lo demostró.

Más tarde, ella volvió a la carga, en lo tocante a Klein...

—Si puedo ayudarte en algo...

—Pues si. Necesito un fusible de cierta clase. —Se lo describió.

Momentos después, cuando la muchacha hubo abandonan el dormitorio de Galher, Klein se preguntaba:

Por qué diablos querrán un fusible de ese tipo? —Y en seguida lo comprendió—. Claro... Son especiales para el coordinador.

—¿Lo he hecho todo tal como usted quería? —preguntó Koina ingenuamente.

—Sí, muchacha. Lo has hecho tal como yo quería. Mañana proporcionarás ese fusible que te ha pedido Galher—. Y Klein comenzó sonriendo burlonamente para terminar con una estridente carcajada de triunfo.

CAPITULO XVIII

Tenían que esperar dos días para... caer en la trampa. Dos días para que Hassell, al intentar cambiar el fusible, fuera atrapado sin

remisión.

Pero entretanto...

Entretanto, Polanski, una vez más, daba su crónica de Media Jornada.

—Amigos dignos de crédito han asegurado que el paro de las fábricas es inminente, y tiene que serlo porque el plazo final se acerca, Hoy ya es imposible circular, fuera de los bólidos. La polución ha entrado en las casas, y la escasez de oxígeno origina graves percances. Se han producido nuevos casos de asfixia...

Bastaba observar, una vez más, las calles, o alejándose del centro, donde antes hubo jardines frondosos, hoy estaba todo muerto. El agua de los lagos amarilleaba. Ya no existían las pequeñas avecillas, saltarinas y vocingleras.

La voz de Polanski seguía tratando del tema de actualidad. Luego, al término de su emisión, al sentarse ante la mesa, tuvo la sensación de que algo extraño zumbaba lejos de él... Algo que se aproximaba. No era un ruido material. Era más bien una sensación inconcreta, pero real... Real como todo lo que rodeaba al locutor, que en estos momentos se hallaba solo en el estudio, por la momentánea ausencia de su secretaria de turno.

Si. Era agradable aquel sonido «sin sonido», aquel hálito procedente de... ¿Dónde?

—La comunicación... —murmuró Polanski, recordando lo que había oído en la cinta magnética, grabada con la voz de Roller.

«¡Esto es! —exclamó—. ¡La comunicación...!

Nadie le hablaba. No había nadie allí, pero él «oía perfectamente». Captaba el mensaje...

—La comunicación —repitió.

Aquel sonido que «sólo él» podía escuchar, se hizo más denso, más próximo. Y terminó por envolverle totalmente.

—La comunicación...

No lo vio, pero supo quién era el que se estaba comunicando con él.

—¡Korna! —exclamó.

Korna, sí. Korna. El consejero desaparecido, al que todos presentían que iban a encontrar muerto en alguna parte del planeta, víctima del atentado por el que ya habían perecido otros.

—¡Korna! —repitió.

Pero su voz no procedía de sus cuerdas vocales. Era su mente, su cerebro, quien hablaba por un, hasta entonces, desconocido medio.

Era fácil. Extremadamente fácil comunicarse con otro ser, a través de aquella parte del cerebro inactiva, pero viva, capaz de desarrollar un nuevo sentido. Un sentido intacto, virgen totalmente.

—Te escucho, Korna... Sé que estás ahí... —habló con aquella

parte de su mente que jamás nadie había utilizado en el planeta, por desconocer su existencia.

Envuelto en aquella melodía, que ninguna partitura podía describir, escuchó a Korna.

Estaba intentando transmitirle un mensaje.

—Estás vivo. Korna... Veo que estás vivo. ¿De dónde procedes? ¿Dónde estás?

También apareció la imagen del desaparecido consejero. Una imagen que, en aquellos instantes, nadie más que él hubiera podido ver.

Korna. Un hombre alto, delgado, de salientes pómulos y fino mentón estaba ahí... Ahí. «En cualquier parte.»

YKorna comenzó a transmitir el mensaje. Su mensaje. Era urgente. Extremadamente urgente:

«Corres peligro». —Entendió el locutor.

«Peligro inminente. Debes avisar a los otros...»

YPolanski supo que los otros eran sus amigos: Hassell, Galher y Roxa.

Korna no tuvo necesidad de expresar ningún otro pensamiento. La comunicación estaba totalmente establecida, y Polanski supo cuál era el peligro...

Destrucción total.

«Urgente» «Urgente»

Cada segundo era importante, cada lapso de tiempo...

Polanski se incorporó, volviendo a la realidad. Habla alguien cerca de la puerta hermética del estudio. Y aún sin verlo, comprendió que no era ninguna de sus secretarias o ayudantes. Era...

¡Era el Peligro...!

—Demasiado tarde —murmuró, adivinando lo que iba a suceder.

La puerta se abrió de repente. Quien traspuso el umbral tenía uno de los controles precisos para abrir sin identificarse. Era un tipo más o menos alto, enmascarado con una careta convencional.

Tras él iban otros dos seres, cubiertos con idénticas máscaras, pero sólo uno, el que iba delante, llevaba una pistola destructora de células.

Polanski supo que había llegado su último momento.

El ente que llevaba la pistola, propulsó el resorte para que el arma entrara en funcionamiento.

Polanski sintió en su carne el dolor de la muerte. Se desplomó para quedar seguidamente inmóvil.

CAPITULO XIX

Hassell tenía ya el fusible preparado. Lo escondió en uno de sus

bolsillos, y se dirigió, acompañado de un par de guardianes, hacia el Coordinador general.

—Nos vamos a divertir —dijo Klein a Sora, y salió de su santuario para hallarse presente en el Coordinador, cuando el joven científico tratara de cambiar el fusible.

Lo habían comentado con los técnicos.

—Sí se cambia un fusible, con interferencias en los polos, deja paralizado todo el mecanismo del Coordinador. A nadie se le ocurriría desmontar un fusible para buscar la avería.

Y Klein respondió:

—A nadie, excepto a Hassell. Ya dije que era muy listo… Quiere sabotear mi organización. Pero yo he demostrado ser más listo que él…

—Por qué no impide que entre en el Coordinador? —repuso el técnico.

—Porque me gusta divertirme. Quiero ver cómo se as arregla para efectuar el cambio. ¿No sientes tú curiosidad?

—Es que no podrá hacerlo. Está constantemente vigilado. No podrá hacerlo.

—Apuesto a que sí podrá… Sólo que nosotros sabremos cuándo lo hace… Esta es nuestra ventaja.

Sora quedó sola en el despacho-laboratorio del magnate. Era la ocasión que esperaba Galher para introducirse en él, a fin de intentar averiguar, por las pantallas allí instaladas, en qué departamento estaba encerrada Roxa. Así habían quedado con Hassell, y ésa era la parte de trabajo que le correspondía a él.

Galher accionó el avisador, y la puerta de aquel santuario privado se descorrió.

—¿Qué quieres? ¿Por qué has venido aquí? No puedes hacerlo, sin permiso de Klein —le dijo Sora.

—¿Por qué no cierras la puerta? —sonrió Galher, muy galante. Sabía comportarse bien con las féminas, y sol/a tener éxito con ellas.

Sora sonrió, a su vez.

—Te expones demasiado. —Creo que, por ti, vale la pena…

—Hay otras chicas.

—¿Y si me interesaras tú? —Galher se acercaba a la mesa de mandos, mirando, con el rabillo del ojo, el panel donde se hallaban debidamente numeradas las pantallas.

—¿Qué es lo que pretendes?

—Verte.

—Es mejor que te vayas. Resulta peligroso jugar con Klein. Es más listo de lo que supones…

—Lo sé… Por eso es más agradable burlarle…

—¿Qué pretendes ahora? El lo sabe todo. Todo lo que le interesa.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo estoy...

Galher acercó la mano a uno de los pulsadores, y murmuró:

—Si yo aprieto un chisme de ésos...

—¡No toques! —advirtió Sora...

—...Veré dónde está Klein... Seguro que esto controla todo el subsuelo. Tú y yo sabremos dónde está, y mientras tanto, podremos... podremos distraernos un poco.

Pulsó el botón, y la pantalla se iluminó rápidamente, mostrando un sector del laboratorio.

Sora se levantó, hecha una furia.

—¡No! Si él se entera que manipulas esto...

Galher se había fijado en el número correspondiente a la pantalla. Si lograra dar con el lugar donde tenían a Roxa...

Pero Sora ya estaba allí para cerrar la conexión. No obstante, Galher había apretado otro, y pudo ver a su compañero Hassell, entre dos guardas, cruzando por un corredor.

—¡Eh! Es mi amigo... ¿Por qué va por ahí? ¿Es ése el camino del Coordinador?

Ella cerró el contacto, y se encaró con él:

—¡Basta! No vuelvas a tocar esto...

—Es simple curiosidad, Sora... ¿Por qué te molesta tanto?

—Por que si Klein se 'entera...

—¿Dónde está Klein?

—No lo sé, pero puede aparecer de un momento a otro...

—Déjame ver a mi amigo, ¿eh?

—¡No!

—¿Por qué? Le vi por un corredor... ¿Es ése el camino del Coordinador general?

—Supongo que sí... Hay muchos sitios por dónde ir... Seguramente, Klein ha ordenado que pase por otro sitio...

—Comprendo... De esta manera, nunca puede saberse de memoria los sitios por los que pasa. Es eso, ¿verdad?

—Supongo...

—¿Y a eso le llamas listeza?

—Es más listo de lo que piensas...

—Dejemos a Klein, ¿eh? Tú y yo podemos seguir juntitos un rato.

—¡No! —Sora parecía aterrada.

—Lo estás deseando. Yo te gusto. No finjas...

—Pienso en Klein. No perdona. Le menosprecias...

La tomó por la cintura intentando atraerla. Sora era frágil, esbelta, pero no quiso caer en la tentación.

—¡Aparta! ¡Sois unos locos, los dos...! No saldréis vivos de aquí. Ni nosotros ni esa mujer.

—¿Roxa?

—Os creéis muy listos, ¿eh? Pediste un fusible a la chica que estaba contigo.

—¿Qué? —Por primera vez, Galher palideció. Comprendió la trampa que le habían tendido,

—¡Maldito sea Klein!

—¿Qué esperabas?

—Entonces...

—Estáis perdidos. Vete. No quiero que él sepa que has estado aquí. ¡Vete!

Galher pensaba en su amigo. Caería estúpidamente en la trampa, por su culpa. Por haberse confiado a la chica...

—Por eso no vino Hila, ¿eh?

—Hila es una estúpida... Yo te mandé a la otra.

—¿Tú, eh?

—El me lo ordenó...

—Bien, Sora, bien... —El brillo de sus ojos asustó a Sora.

—¿Qué vas a hacer?

Las manos de Galher avanzaron hacia ella.

—¡No! —gritó e intentó avanzar hacia el otro pupitre, pero Galher la atajó.

—Lo siento. ¡Tengo que hacerlo!

La golpeó brutalmente en el cuello, y la muchacha se desplomó.

—Lo único que importa ahora es huir de aquí...

Desesperadamente, comenzó a pulsar los botones para ver a través de las pantallas. Sólo necesitaba saber dónde estaba encerrada Roxa.

Entretanto, Hassell era obligado a recorrer todo aquel laberinto de corredores.

Cuando cruzó una especie de antesala, vio a dos guardianes, que salían de una estancia, comentando:

—Es la hora del relevo —decía uno.

El otro jugueteaba con un objeto, una especie de caja metálica plana. Le cayó al suelo impensadamente, y uno de los guardianes que acompañaban a Hassell lo empujó con el pie, sin querer.

—¡Eh! Cuidado con mi grabadora... —protestó el otro.

Por un momento. Hassell se fijó en el objeto. Era muy peculiar. Incluso la marca. (I. C.). Las iniciales estaban dentro de un círculo. ¿Dónde había visto él grabadoras como aquélla?

—I. C. —repitió mentalmente—. Informativo... ¡Sí! Círculo Informativo.

Era una de las grabadoras que utilizaban en el Estudio de Polanski.

Su rapidez de reflejos le hizo pensar en el mensaje que Roxa dejó

escrito, antes de ausentarse de aquel estudio para caer en la trampa que le habían preparado.

Se detuvo un momento, y fingió un ligero calambre. Los guardianes que le acompañaban esperaron a que se repusiera.

Entretanto, el de la grabadora y su compañero habían tomado la delantera. De este modo, yendo detrás, sin demasiada prisa, Hassell pudo observar a los otros, y ver hacia dónde se dirigían.

Después de cruzar otro par de salas, aquellos dos hombres se detuvieron. Iban a relevar a otros.

Hassell se fijó en una de las puertas metálicas y, desde aquel momento, supo dónde estaba Roxa.

Siguió su camino y pensó:

«Todo va bien; si consigo colocar el fusible, luego iré por Roxa... Saldremos de aquí, antes de lo que esperaba...»

Pero Klein había planeado las cosas de forma muy distinta.

CAPITULO XX

Klein estaba junto a la puerta del Coordinador, y sonrió a Hassell cuando éste traspuso el umbral.

—¿Todo marcha? —preguntó.

—Espero que sí. Esto son pruebas.

—Desde luego... ¡Adelante!

Hassell, siempre vigilado por el técnico, realizó algunas manipulaciones, totalmente inocentes.

Los dos guardianes estaban en la puerta, esperando órdenes.

—Necesitaría hacer una comprobación —dijo Hassell al técnico.

—¿Qué clase de comprobación?

—¿Puede programar el Sector N?

—Sí.

—Hágalo.

—¿Con qué datos?

—Póngale una ficha rutinaria. Quiero ver cómo responde.

El técnico asintió..Por un momento, tuvo que darle forzosamente la espalda. Era lo que Hassell esperaba, y aprovechó para golpear la palanquita de seguridad que protegía cada uno de los fusibles.

El técnico se volvió un momento, y se encontró con la inocente sonrisa de Hassell.

—Ponga usted mismo la ficha —le dijo. Y le ofreció la plaquita metálica que había extraído del apartado de pruebas de una de las mesas del mismo coordinador.

Hassell aprovechó la oportunidad para dar con el codo al fusible, que, libre del seguro, cayó al suelo.

—¡Oh! Lo siento... Estaba flojo.

El fusible que había caído junto a la mesa fue empujado suavemente por el pie de Hassell, que se inclinó para recogerlo. En realidad, tenía ya el suyo en la mano para proceder a cambiarlo.

—¡Permítame! —dijo.

—¡Quieto! —exclamó el técnico.

—¿Qué pasa?

Antes de que pudiera reaccionar, los dos guardianes le atenazaron.

—Pero...

Le retorcieron los brazos hacia atrás, y tuvo que soltar el falso fusible que llevaba en la mano.

—Muy ingenioso —sonrió Klein, apareciendo en el umbral de la reducida estancia—. Conque era esto, ¿eh? ¿A quién pretendíais engañar?

Hassell pensó que no valía la pena contestar. Había caído en una encerrona.

—¿De veras creíste que era tan fácil sabotearme?

Silencio.

—¡Contesta!

Tras un silencio, Hassell murmuró:

—Sé perder...

—Roxa es la que va a perder. Te lo advertí.

—¡Ella no tiene la culpa!

—¡Ella va a perder! —gritó el magnate, a su vez—. Un escarmiento para que, en adelante, midas bien tus actos. ¡Conducidle a su sitio, y cuidado con él!

Uno de los guardianes sacó una pistola convencional, y le amenazó con ella.

—Si disparan, Klein... nadie será capaz de llevar adelante este proyecto... Se lo advierto.

Hubo un momento de duda. El guardián miró a su jefe, esperando instrucciones.

Hassell decidió jugar su última carta. Era arriesgado, pero las cosas ya no podían ponerse peor. Empujó al otro guardián de modo que cayera contra Klein, y él mismo se sorprendió de la fuerza que era capaz de desarrollar.

Los dos hombres cayeron, hechos un lío, impidiendo el paso al otro guarda y al técnico.

Hassell aprovechó la ocasión para salir fuera y cerrar la puerta. Aquello les mantendría alejados por algún tiempo, aunque tal vez fuera insuficiente para el trabajo que le esperaba.

Corrió desesperadamente hacia la zona de los corredores.

Aquello era un auténtico laberinto. Todos parecían iguales. La misma luz, idénticas antesalas...

Retrocedió, después de haber recorrido un buen trecho para dirigirse hacia otro corredor transversal. Cruzó una antesala, otra.

Llegó a una encrucijada, y trató de orientarse.

—Estoy en una encerrona. —Pero no podía detenerse ni vacilar. Podían detectarle en cualquier momento.

De nuevo corrió, a pleno pulmón, por un pasillo totalmente solitario.

Aquella luz amarillenta, aquellas paredes de idéntico color, las puertas iguales, las encrucijadas... Todo llegó a parecerle fruto de una pesadilla.

Se detuvo para recuperar el aliento. ¿Por dónde continuar la hasta entonces infructuosa búsqueda?

Tenía la sensación de haber recorrido medio planeta cuando observó que una puerta se descorría. Alguien iba a salir. Reculó hasta pegarse a la pared del corredor. ¡Iban a descubrirle!

Pero no… Los tres hombres tomaron rumbo inverso.

Si. Eran tres hombres. Los tres, encubiertos por máscaras convencionales.

Hassell recordó el episodio del Laboratorio Central. También allí había visto a tres hombres enmascarados de la misma forma. Quizá fuesen ellos. ¡Eran ellos!

CAPITULO XXI

Desde su posición, Hassell pudo observar cómo los tres individuos doblaban por el primer corredor a la derecha. Perdido por perdido, decidió seguirles.

Corrió con todas sus fuerzas, y llegó a tiempo de verles abrir una de las puertas. Se valieron para ello de un distintivo similar a los que se usaban en los laboratorios privados. Una tarjeta metálica, introducida en una ranura, servía de identificación, y la puerta se abría.

Cuando los tres enmascarados desaparecieron, la puerta comenzó a cerrarse. Hassell corrió hacia ella, y llegó a tiempo de colocar el pie para obstruir su cierre.

Los hombres seguían su marcha, sin volverse.

Hassell les vio abrir una nueva puerta al fondo de un corredor, de cortas dimensiones. Aguardó un instante y, forzando ligeramente las láminas, se introdujo en el corredor para seguir detrás de los individuos.

Antes de que la otra puerta se cerrara, pudo trasponerla. Sus tres perseguidos pasaron a una antesala, e inmediatamente desaparecieron tras una puerta entreabierta.

Fue entonces cuando Hassell se dio cuenta de que aquello era el

santuario de Klein...

La puerta seguía entreabierta. Los tres enmascarados se quitaron las máscaras, especie de escafandras, y uno de ellos se acercó a un micrófono para decir:

—Misión cumplida. Polanski ha muerto...

«¡Polanski! —repitió Hassell mentalmente... Aquellos hombres trabajaban para Klein!»

¡Eran los asesinos!

En aquellos instantes, uno de ellos descubrió el cuerpo de Sora en el suelo.

—¡Mirad!

—Algo ha ocurrido aquí —comentó otro.

—¡Avisa al jefe! Habla en clave —exclamó el que había descubierto a la inconsciente secretaria.

Yutilizando unos vocablos ininteligibles, el que había hablado primero, dando las novedades, comunicó el hallazgo.

Nadie contestó, y Hassell pensó que todos debían estar persiguiéndole.

Tenía que darse prisa... Pero, ¿cómo encontrar el camino de la cárcel de Roxa?

Escuchó voces, y buscó un lugar donde refugiarse. Salió del corredor y, mirando a su alrededor, observó que se hallaba cerca de una de las naves del laboratorio. Entonces recordó que había pasado por allí.

Tenía que seguir derecho. Tres cruces, vuelta a la derecha. Dos antesalas y...

En aquel instante, por todos los corredores sonaba una voz de alarma:

—Busquen a Hassell. Pretende escapar. Atrápenlo.

YHassell pensó que, mientras le quedara aliento, no cejaría en su busca.

Corrió de nuevo con todas sus fuerzas. Esta vez estaba seguro de no equivocarse.

Presentía que le estaban pisando los talones.

Llegó al final al cruce que esperaba, y dobló a la derecha.

En la siguiente encrucijada tuvo que esconderse. Tres guardas se dirigían hacia aquel punto.

Iba a retroceder, y escuchó otro rumor a su espalda.

¡Estaba atrapado!

Buscó una puerta. Era inútil intentar abrirla.

¡Y los guardas se aproximaban!

Impotente ante lo irremediable, golpeó la puerta metálica.

Tres guardas aparecieron, entonces, al fondo. A escasa distancia. Le vieron.

—¡Ahí está! —dijo uno.

¡Estaba perdido!

CAPITULO XXII

Los guardas avanzaron cuando por el otro lado aparecieron los que habían surgido del otro corredor.

Eran demasiados para luchar contra ellos. No podía hacer nada...

De repente, la puerta de enfrente se corrió ligeramente. Hassell observó al hombre que apareció, un instante, en el umbral.

¡Galher!

—¡Por aquí, de prisa! —exclamó su compañero.

Se precipitó dentro, y la puerta se cerró rápidamente.

—¡Están ahí! —exclamó Hassell.

—¡Sígueme! He averiguado dónde tienen a Roxa. —Y Galher tomó la delantera.

Por aquella especie de corredor interior, llegaron a una galería, y de allí a otro corredor.

Galher abrió una de las puertas, introduciendo en la ranura la ficha correspondiente.

—¿Dónde la has conseguido? —preguntó Hassell.

—En el Santuario de Klein. ¡Mira! —Y mostró la puerta tras la cual se hallaba la prisionera. Frente a ella estaban los dos guardas.

No cambiaron palabra alguna. Ambos sabían lo que tenían que hacer.

Como no era momento para añagazas ni sutilezas, atacaron de frente.

Los guardas, indudablemente, no esperaban aquel encuentro, y reaccionaron tardíamente. El factor sorpresa favoreció a los dos científicos, que se abalanzaron sobre ellos.

Fue una lucha breve. Uno intentó, sacar su arma convencional, pero Galher le golpeó, consiguiendo que su rival la perdiera.

Hassell se las entendió con el otro, que logró colocarle un buen directo, pero el científico reaccionó y, tras esquivar una nueva acometida, le golpeó con el antebrazo. Su evidente fuerza dejó a su enemigo fuera de combate.

Galher concluyó por deshacerse del otro. Luego introdujo la tarjeta, y la entrada quedó franca.

Allí, al fondo de una estancia vulgar y falta de oxígeno, y en casi total oscuridad, se hallaba Roxa.

—¡Le han cortado la ventilación! —exclamó Hassell.

Su voz, oída por la muchacha, la impulsó hacia sus salvadores.

—¡Hassell! ¡Creí que iba a asfixiarme!

—Klein es un canalla —repuso el joven—. Ahora ya sé que es el

responsable de esas muertes. Los enmascarados trabajaban para él.

Pero no era momento de explicar nada, ni de proseguir con efusiones.

—¡Hay que salir de aquí! —exclamó Galher.

—¿Sabéis el camino? —preguntó Roxa.

—Eso será lo más difícil. Pero la contraseña de Galher nos ayudará —repuso Hassell, aludiendo a la tarjeta metálica, clave para franquear, si no todas, buenas parte de las puertas.

Salieron los tres a toda marcha. Roxa se resentía, por la falta de oxígeno que había sufrido. Tuvieron que detenerse unos instantes para que la muchacha recobrara el aliento.

Al reemprender la marcha, escucharon unas voces. En uno de los cruces, el propio Klein, con media docena de guardianes, se dirigía hacia ellos.

Por los altavoces, una voz metálica advertía:

—¡Hassell, entréguese! No podrá salir de aquí. Entréguese.

Galher franqueó otra entrada, y Roxa preguntó:

—Si tan seguro está de que no se puede salir, ¿por qué nos persigue?

—Tal vez por miedo a que demos con la salida. Algún fallo debe tener este subsuelo… Si lográramos averiguarlo…

Cuando Galher intentaba abrir otra puerta, se encontró con que su clave no funcionaba.

—Aquí debe haber algo importante.

Cambiaron una mirada, al unísono. ¿La salida?

Entonces, el altavoz les comunicó:

—Estáis localizados. Los tres. Las puertas están bloqueadas. Es inútil que intentéis nada.

—Prueba ahí —Hassell señaló una puerta, y Galher se precipitó hacia ella para colocar en la ranura la ficha metálica. La puerta siguió cerrada.

Y con otra puerta, sucedió lo mismo.

—¡Es cierto, nos han bloqueado! —exclamó Galher.

A Hassell se le ocurrió una idea.

—¡La luz! ¿Tienes el interruptor?

—Sí…

—Prueba, Galher… Es posible que…

—¡Tienes razón!

Si el pequeño artefacto podía interrumpir la luz en una zona determinada, neutralizaría igualmente los controles que mantenían cerradas las puertas, puesto que todo dependía del mismo sistema de fuerza.

Galher accionó el aparato, y la luz quedó interrumpida. La sala donde se hallaban estaba a oscuras, y Galher, tanteando por las

metalizadas paredes, encontró la ranura donde colocar su ficha.

¡La puerta cedió!

—¡Sólo funciona el sistema general, hemos tenido suerte! —exclamó Hassell.

Pero, en realidad, sólo habían conseguido demorar su captura.

Si no encontraban la salida, acabarían capturados por sus cazadores.

CAPITULO XXIII

Después de cruzar varias dependencias, se hallaban en una zona amplia, y Roxa la identificó.

—Es la zona de recreo. Yo conozco algunos de esos lugares. Papá había sido invitado con alguna frecuencia.

Todo el jardín subterráneo cubría una enorme superficie. De algún lugar partían risas, y se oían comentarios de voces femeninas.

Un derroche de oxígeno mantenía una atmósfera agradable, con una luz azulada, rica y abundante.

Pequeñas lagunas imprimían una sensación de frescor, y más allá, entre setos perfectamente cuidados, había el lugar de donde procedían las risas y los comentarios.

—Son mujeres —exclamó Galher, en un susurro.

Sí. Mujeres alrededor de una piscina, nadando, corriendo o relajándose sobre el césped de un verdor total.

—Son las *partenaires* de los invitados —murmuró Roxa—. Sé que existen. Algunas pocas están aquí por gusto, pero a la mayoría las forzaron a hacer esto, aprovechando que no tenían familia.

—Quizá Hila esté por aquí —dijo Galher.

Avanzaron hacia el centro de aquel inmenso salón, cuyo eje era la impresionante piscina.

Su presencia atrajo las miradas de las muchachas. ¿Cuántas había? ¿Un centenar? Tal vez más. Hassell no pudo calcular...

—Buscamos la salida. ¡Ayudadnos! Nos persiguen —pidió Hassell.

Se hizo un silencio. A algunas —muchas— Galher y Hassell les atraían. Eran atractivos de verdad, y ellas estaban ansiosas de juventud, de libertad...

—¡Hila! ¿Dónde está Hila? —preguntó Galher, a su vez.

Tras un largo silencio, Galher insistió:

—¡Vamos! Contestad... ¿Dónde está vuestra compañera?

Al fin, una de las chicas señaló al fondo del jardín.

—Ahí. Castigada. Nadie puede entrar.

Galher tomó la delantera, y sus dos compañeros de fuga le siguieron.

Una puerta les cerraba el paso. Una puerta para la cual la ficha no

servía de nada.

—¡El interruptor! —recordó Hassell.

Y Galher accionó su pequeño aparato, sumiendo la zona en la oscuridad. Las mujeres lanzaron chillidos, ante la anomalía, pero Galher consiguió abrir la puerta.

En una estancia, con escaso oxígeno, se hallaban tres chicas, sin apenas aliento. Una de ellas era Hila.

—¡Hila!

Al reconocer a su salvador, quiso levantarse, pero le faltaban las fuerzas.

—Ayúdame, Hassell. Tenemos que sacarla de aquí.

—Hay otras —pudo ver Roxa, con la tenue claridad que aún quedaba.

—No se puede hacer nada por ellas. Han muerto —musitó Hila, en un susurro.

—Queremos salir de aquí, Hila... Te llevaremos con nosotros —dijo Galher.

—Es inútil. Nos aniquilarán —murmuró la joven.

—Si conseguimos salir, no nos alcanzarán. En la base tenemos una nave —adujo Hassell.

Ella iba recobrándose. Al fin, murmuró:

—¡Seguidme!

* * *

Cuando alcanzaron el exterior, a pesar de la atmósfera asfixiante, no podían creer que estuvieran a salvo.

Hila les había guiado a través del corredor que, en rampa ascendente, comunicaba con la fábrica. De allí al exterior había sólo un paso.

Lo primero que hicieron fue dirigirse al Estudio.

Había gente en la antesala. El general Stumer hablaba acaloradamente, con un grupo de personas a sus órdenes. Al ver a los cuatro aparecer, se dirigió a los hombres:

—¿De dónde salen ustedes?

—Pregúnteselo a Klein. Nos tenía secuestrados. Pero ya no importa qué medidas tome. Nosotros nos vamos. ¿Dónde está Polanski?

—Llegan tarde. Le mataron...

* * *

Entretanto, Klein estaba preparando su plan, más que de captura de los fugados, de venganza.

Un ejército de guardas a su servicio recibía instrucciones.

—Ocupen sus domicilios. Acaben con ellos, en cuanto aparezcan.

Los hombres se desplegaron, utilizando rápidos bólidos

* * *

Hassell y sus amigos iban, también, en el interior de un bólido. El que había pertenecido a Polanski, que ya nunca más iba a poder utilizarlo.

—Me gustaría pasar por mi vivienda —dijo Galher— para recoger los documentos. Así nadie podrá utilizarlos...

Hassell asintió.

El bólido, conducido por el propio Galher, enfiló hacia su vivienda.

Allí estaba la gente de Klein, esperando.

Al aproximarse, Roxa vio a los hombres...

—Hay gente por ahí.

Fue Hila quien les reconoció:

—¡Pasa de largo, Galher! ¡Son ellos!

Galher conectó el automático a la máxima velocidad, pero los esbirros de Klein se dieron cuenta.

—¡Van a perseguirnos! —exclamó.

—Sus bólidos son muy poderosos —recordó Hila.

La persecución había comenzado.

—Esto ya no puede marchar a más velocidad.

—¡Nos alcanzarán antes de que lleguemos a la base! —pronosticó Roxa.

—Tal vez... —Galher dobló la primera esquina, y luego la segunda.

Los perseguidores se iban aproximando.

—Ellos no saben adonde vamos —dijo Hassell—. Si logramos despistarles, ganaremos tiempo.

—¡Es lo que intento! —replicó Galher, virando de nuevo.

Maniobró otro par de veces, describiendo un círculo. A la tercera maniobra, penetró en una morada, cuyo garaje tenía abiertas las puertas.

Cuatro bólidos pasaron como una exhalación, sin detenerse.

—¡Lo conseguimos! —exclamó Hila, mientras Galher marchaba en dirección opuesta a los esbirros de Klein.

CAPITULO XXIV

Estaban ya en la base. Hassell se presentó a uno de los jefes. No tuvieron ninguna dificultad. En la base regían todavía las normas antiguas. Galher solicitó el piloto con el que ya había hablado.

Poco después, despegaban de la superficie, sin rumbo fijo.

—Será un vuelo indefinido —dijo Hassell.

—¿Qué rumbo pongo?

—Eso importa poco —murmuró Galher, con cierta tristeza.

—¿Cree que alguna vez podremos volver? —preguntó el piloto.

Los cuatro se miraron. No había respuesta.

¿Qué iba a sucederle al Planeta? Ellos se habían salvado, pero ¿adónde irían?

* * *

Al cabo de dos jornadas, Klein se sentía profundamente satisfecho. En su sala de Juntas, y en presencia de la plana mayor de los magnates de la industria, anunciaba:

—Confieso que tuve un fallo, al no conseguir capturar a ese par de científicos y a sus acompañantes... Pero la verdad es que no puedo lamentarlo. Gracias a ello, conseguí mi objetivo.

Tras una pausa, mostró una gran pantalla que, tras iluminarse, apareció en ella la reproducción de un plano.

—La fórmula para el extractor de gases —anunció.

Posteriormente explicó que sus hombres se dedicaron a saquear los domicilios de los fugados, y, en el de Galher, encontraron los codiciados documentos, que le permitirían construir los aparatos, y la fórmula exacta para llevar a cabo el plan. Con ello, condenaban al planeta Skoran, lo cual les tenía sin cuidado.

—Ninguna de nuestras fábricas dejará de producir... Mis técnicos ya están trabajando en el proyecto. Quedaremos libres de polución, dentro de muy poco tiempo…

* * *

Hassell se habla adormecido. La monotonía del vuelo mantenía en silencio a los cinco ocupantes de la nave.

El piloto comprobaba rutinariamente los indicadores.

Algo falló en aquel instante.

—Es el corrector de rumbo —dijo—. Habría de mirar esto, antes de que pierda el control.

—¡Voy! —exclamó Hassell.

Se dirigió hacia la parte posterior para examinar la caja donde

convergían todos los controles. Hizo unas comprobaciones, y advirtió dónde estaba la anomalía.

Sacó las herramientas del departamento correspondiente y, cuando se disponía a trabajar en la diminuta pila de donde procedía el fallo, el piloto le advirtió:

—Dese prisa. Nos estamos desviando. La velocidad aumenta, y pierdo el rumbo.

Fue entonces cuando Hassell experimentó aquella sensación inédita... Un hálito extraño, un sonido mecanizado, similar a una melodía diferente.

Era como si, aparte de los ocupantes de la nave, hubiera irrumpido «alguien», o acaso algo que, sin presencia física, estaba allí.

Resultaba placentero aquel zumbido, y su expresión preocupada desapareció para entregarse de lleno a la nueva sensación.

Perdió la noción del tiempo, y ni siquiera oyó las palabras del piloto, instándole de nuevo a que se diera prisa.

—¡El rumbo, el rumbo! Navegamos sin rumbo. ¡Vamos a perdernos!

Los otros parecían haberse dormido. Sólo él —Hassell— permanecía despierto, a merced de «la cosa grata».

—La Comunicación —susurró.

Al igual que le había sucedido a Polanski, notó la presencia de una influencia superior, que se comunicaba con él. Y podía comprender perfectamente el mensaje.

—El planeta está irremisiblemente perdido. El rumbo adecuado es Skoran...

—Pero Skoran vive en constante peligro —replicó con el pensamiento—. Si encuentran la fórmula...

No fue necesario que continuara porque él mismo comprendió lo que en la comunicación se le transmitía:

—Skoran es un planeta de seres infinitamente más inteligentes... Skoran no puede perecer.

Vio ante sí la figura del Consejero desaparecido.

—¡Korna! ¿Eres tú...?

—He tratado de advertir a todos los nombres de buena voluntad para que huyeran del planeta. Desgraciadamente, he llegado tarde, en muchas ocasiones.

Hassell hubiera querido preguntarle dónde estaba Korna realmente, pero la pregunta no hacía falta, porque todo lo sucedido, pasado y presente, se le ofrecía en su mente, con una claridad cada vez mayor.

Korna «había sido captado» por los habitantes de Skoran.

—No tienen necesidad de naves para observar los planetas cercanos. Pueden dirigirse a las mentes de los habitantes de todos los

habitáculos que existen en la Galaxia…

La pregunta siguiente era cómo Korna había sido captado. También la respuesta resplandeció en el cerebro del científico.

—Volaba como vosotros, en una nave. Presentía que iba a encontrar otro lugar mejor. No quería seguir allí, entre gentes que, teniendo soluciones mejores, elegían la de destruir un planeta… La gente de Skoran premió mis buenos deseos, y me captó… Mi mujer esta, ahora, conmigo…

—¿Qué es Skoran?

—El Paraíso… Algo que, allá abajo, nunca hubiéramos podido imaginar

No era necesario preguntar cómo podían llegar hasta allí. La nave había tomado aquel rumbo.

Tampoco cabía aducir que ninguna de las naves del Planeta era incapaz de realizar semejante viaje. Porque la Nave, con un ligero retoque, con lo que los técnicos hubieran llamado error, era capaz de mayores empresas…

—Ahora sí creo en esa sabiduría, Korna… Un ligero arreglo sin importancia. Lo más elemental acciona las pilas, y le da mayor impulso… ¿Cómo a nadie se le había ocurrido antes?

¡Estaban salvados!

Irían a un planeta de Seres superdotados. Korna había querido liberarles y salvarles. No podía hacerlo con todo el mundo. En Skoran sólo entraban los privilegiados. Ellos podían serlo porque jamás desearon destruirlo.

—¡Estamos salvados! —exclamó Hassell, y despertaron todos.

Pero… ¿Estaban, realmente, a salvo?

CAPITULO XXV

En el Planeta, todo estaba dispuesto. Klein había asumido el mando absoluto y, con tal de que los gases desapareciesen de la atmósfera, todo el mundo estaba de acuerdo en que el plan de absorción se pusiera en marcha.

Los largos tubos penetraban en el subsuelo para terminar en un depósito. La maquinaria trabajaba ya, asimilando el preparado químico absorbente. En el momento en que se diera la orden, la aceleración esparciría el elemento químico y, acto seguido, los gases serían absorbidos para ser sistemáticamente expulsados hasta el punto de atracción más cercano: el Planeta Skoran.

La gente, en sus casas, economizando el oxígeno, aguardaban con impaciencia el momento de verse libres de aquella tortura.

Los comentarios eran unánimes:

—¿Qué nos importa a nosotros lo que ocurra en otro planeta?

¡Nos asfixiamos!

—¡Que actúen de una vez!

Locutores de otros estudios dieron la noticia:

—¡Hoy es el día! La atmósfera quedará limpia, en menos de la cuarta parte de una jornada.

Stumer, junto a Número 4, estaba junto a la máquina. Esperaban igualmente el acontecimiento.

—Es el comienzo de una nueva era —dijo el general—. Lo lamento por Skoran… Pero, en una guerra, unos ganan y otros pierden.

El plan comenzó.

Un potente zumbido atronó por todo el planeta, y fue in *crescendo*, segundo a segundo.

Por todas partes se formaban grandes remolinos, y el gas, como si fuera un cuerpo sólido, se separaba del oxígeno para ser engullido hasta su primer punto de atracción.

* * *

En Skoran no precisaban de pantallas para ver lo que ocurría en el Planeta.

Hassell, Galher y las dos muchachas habían llegado ya, tomando contacto sobre un suelo fértil y exuberante.

Un sol brillaba, dando el calor adecuado. La atmósfera era infinitamente superior a la que ellos conocían. A lo lejos, entre plantas exóticas, se alzaban viviendas individuales y piaban pequeñas avecillas.

Korna les recibió personalmente, y, aunque no necesitaba de la voz para darles la bienvenida, lo hizo verbalmente.

—Aquí podéis empezar una nueva vida. Seremos los únicos supervivientes del Planeta. —Y tras una pausa, murmuró gravemente —: Está próximo a su fin.

Todos quedaron suspensos. ¡Estaban viendo lo que ocurría!

Hila se abrazó a Galher, y Roxa buscó la protección de Hassell.

«¡Horrible!», pensaron todos.

Pero, ¿cómo era posible «aquello»?

Korna les puso en antecedentes, y les fue, a todos, muy fácil de comprender…

Skoran era un planeta de gente inteligente. Muy inteligente. Ellos no atacaban a nadie, pero habían previsto todos los posibles peligros. Uno de ellos era la invasión de gases…

Skoran tenía una pantalla atmosférica invisible. Un inmenso escudo, capaz de repeler cualquier tipo de ataque cósmico. Como el

gas, por ejemplo.

Hassell, en voz alta, dijo:

—Cuando los gases letales del planeta sean rechazados por la protección, volverán a su punto de origen. Buscarán un poder de atracción, y regresarán al planeta.

Era lo que estaba sucediendo. Y tampoco ellos necesitaron de pantallas para ver el regreso de aquella atmósfera asfixiante.

Así, loS gases, enriquecidos por la trayectoria, aumentaron su potencia destructora y, al chocar de nuevo contra el planeta, comenzó su desintegración.

Un caos de explosiones había empezado. Era el principio de la destrucción total, que se produciría en menos de un cuarto de jornada.

Luego, una bola de fuego sería tragada por el espacio.

Las dos parejas se abrazaron con más fuerza, y comenzaron a dar sus primeros pasos por el nuevo mundo.

FIN

YA ESTAN A LA VENTA LAS OBRAS INEDITAS DEM. L. ESTEFANIAel famoso autor del género Oeste, que en calidad deNOVEDAD EXCLUSIVA publicaEDITORIAL BRUGUERA, S.A. en sus coleccionesCENTAURO y OESTE LEGENDARIO APARICION SEMANAL RESERVE SU EJEMPLAR

YA ESTAN A LA VENTA

LAS OBRAS INEDITAS DE

M. L. ESTEFANIA

el famoso autor del género

Oeste, que en calidad de

NOVEDAD EXCLUSIVA

publica

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

en sus colecciones

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

APARICION SEMANAL RESERVE SU EJEMPLAR

YA ESTAN A LA VENTA

LAS OBRAS INEDITAS DE

M. L. ESTEFANIA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

Impreso en España